

VIZCONDE DE LASCANO TEGUI

De la elegancia mientras se duerme

Introducción de Juan Sebastián Cárdenas



Lectulandia

Lascano Tegui, vizconde sin condado, está considerado un precursor de Genet y uno de los malditos más desconocidos y sorprendentes de la moderna literatura en lengua española.

Decadente y provocador, transgresor y marginal, amigo de Picasso y Apollinaire en la bohemia de Montparnasse, el vizconde de Lascano Tegui es una de las figuras centrales de la literatura argentina de principios del XX. *De la elegancia mientras se duerme*, publicada en París en 1925, es su obra más lograda. En ella, un narrador excéntrico, exquisito, fatigado por el peso de sus vicios, se debate morosamente entre el lujo canalla y el hastío que este le provoca, mientras se acerca de modo irremisible a la consumación de un crimen. Nos hallamos ante un peculiar «diario de un asesino», ante la crónica del fin de una época, que es a la vez un sutil retrato del alma humana, con todos sus excesos y veleidades.

Lectulandia

Vizconde de Lascano Tegui

De la elegancia mientras se duerme

ePub r1.0

Daruma 11.02.14

Título original: *De la elegancia mientras se duerme*

Vizconde de Lascano Tegui, 1925

Introducción: Juan Sebastián Cárdenas

Diseño de portada: Daruma

Editor digital: Daruma

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

INTRODUCCIÓN



HACERSE A UN LADO. NOTAS SOBRE EL VIZCONDE DE LASCANO TEGUI

por Juan Sebastián Cárdenas

1.

Una de las marcas que distinguen cierta literatura actual en español es el interés por descubrir y releer las tradiciones marginales. Nuestra narrativa, en la línea de trabajo que puede rastrearse desde Borges y Marechal, emprendió una discreta aunque constante labor de exhumación y ficcionalización alrededor de la vanguardia como germen de la distopía contemporánea. En ese proceso es innegable la influencia que tuvo en los últimos años la obra de Roberto Bolaño, en especial *Los detectives salvajes*, cuyos protagonistas se dan a la búsqueda de una poeta estridentista desaparecida en el norte de México. Tal es el peso de esa influencia, que es lícito preguntarse si la calurosa recepción de autores como Ricardo Piglia o Enrique Vila-Matas no habrá estado condicionada por la atención que recibieron previamente los libros de Bolaño. Ahora bien, detrás de esta puesta en escena parece haber una necesidad de reestructurar o incluso de derrumbar las genealogías y las jerarquías literarias mediante el recurso a lo menor, entendido aquí como una operación deconstructiva que se efectúa desde las fisuras del discurso oficializado por y en clara mímica de la lengua dominante. En este sentido se comprende la vindicación de la prosa contrahecha de Arlt, que en teoría revelaría una estrategia de gambetas capaz de neutralizar el efecto de las metáforas instauradas por el aparato lingüístico del poder. Asimismo, dado que la literatura es el campo donde quizá pervive con mayor fuerza la noción de autor como creador de una obra bien provista del aura que se supone expresión del genio individual —lo que, en términos vulgares, se traduce en la farsa del *star system* editorial—, el gesto de desenterrar al muerto, de traer de vuelta al fantasma de las promesas rotas, adquiere un significado doble: por un lado se cuestiona el predominio de los cánones impuestos por el mercado y el espectáculo, y por otro, se desdibuja la noción tradicional de autor, desplazado así a una multiplicidad de funciones más acordes con las que desempeñan los artistas en otras disciplinas: editores de material azaroso, sampleadores, recicladores, plagiadores, copistas, correctores, compila-dores, traductores... «El autor no es un manantial infinito de significados que llenan la obra —dice Foucault—, el autor no precede a la

obra. Es un determinado principio funcional a través del cual, en nuestra cultura, se limita, se excluye, se selecciona; en una palabra, es el principio a través del cual se obstaculiza la libre composición, descomposición y recomposición de la ficción». De modo que el oscuro y excéntrico vanguardista regresa una y otra vez para decirnos que el reino de Dinamarca apesta, al tiempo que señala un tipo de espacialidad diferente para la autoría, donde el creador, despojado de su feudo, pasa a desempeñar el papel limítrofe del médium deslocalizado, alguien cuyo «talento» consiste en saber ausentarse para dejar que las voces atraviesen libremente el texto. No obstante, este médium, este espacio vaciado, corre el riesgo constante de transformar a sus fantasmas en imágenes de culto *freak*, en objetos de una devoción fetichista, lo que lamentablemente conlleva la desactivación del carácter revulsivo implicado en el gesto inicial de invocación. El otro corolario de la reificación a través del culto al «raro» es la reconstitución inmediata del estatuto tradicional del autor como productor del sentido y demiurgo de las fuerzas secretas, todo ello ejecutado de modo oblicuo y al amparo del disfraz más conveniente: generoso padrino de los desfavorecidos o prestigioso coleccionista de artefactos bellos y obsoletos.

2.

En el caso del Vizconde el riesgo de que el rescate dé lugar al culto es muy alto y la abundancia de episodios pintorescos o misteriosos en su vida no hace más que acrecentar la opaca leyenda. Según las relaciones biográficas que tengo a mano, Emilio Lascano Tegui nació en Concepción del Uruguay (Provincia de Entre Ríos, Argentina) en 1887 y pasó su adolescencia en el barrio porteño de San Telmo. Entre 1906 y 1910 trabajó como traductor de la oficina internacional de correos, empleo que le permitió viajar a pie por el norte de África y Oriente Medio. Pintó junto a Picasso y Modigliani en Montparnasse. Frecuentó el círculo de Lugones y la revista *Martín Fierro*. Pasó los años de la Gran Guerra trabajando como mecánico dental. En 1923 ingresó en el servicio diplomático argentino y trabajó varios años como cónsul en distintas ciudades francesas, hasta 1936, fecha en que se trasladó a Caracas, donde realizó una importante obra de pintura mural en el edificio del consulado. En 1940 fue destinado a Los Ángeles y cinco años después, en el viaje de regreso a la Argentina, un incendio en su camarote del barco acabó con buena parte de su obra inédita. A partir de entonces se dedicó sobre todo a escribir crónicas costumbristas y reflexiones culturales con un claro acento patafísico en *El Hogar*, *Patoruzú*, *El Mundo* o *Crítica*. En 1966, cuando murió en su casa de Palermo, la lectura del testamento reveló la existencia de una serie de manuscritos que el Vizconde habría guardado en cierta habitación cerrada de un apartamento en la calle Paraná. Dichos manuscritos, claro, jamás fueron hallados.

Dos sucesos aparentemente intrascendentes al inicio de su carrera resultan, en mi opinión, decisivos para comprender por qué se considera a Lascano Tegui un legítimo precursor de lo que estaba aún por hacerse en materia de *boutades* conceptuales. El primero es la publicación, en 1910, de un libro de versos —*La sombra de la Empusa*— con un pie de imprenta falso de París. El segundo, ocurrido un año después, lo relata el propio Vizconde en un texto autobiográfico: «Me decían como una afrenta y desenvueltamente que yo no sabía lo que era poesía y mucho menos hacer versos. Lo que se llama crítica quería nivelarme, vulgarizarme hasta hacer de mí un adocenado más. Para darle satisfacción escribí dentro del silencio del Jardín Botánico un libro que llamé *El árbol que canta*, pero que publiqué con el nombre de *Blanco...* y lo firmé Rubén Darío, hijo. El hijo de Darío tenía por cierto más talento y no ignoraba lo que era poesía como ese excéntrico Vizconde de Lascano Tegui». Entre el primero y el segundo suceso se juegan varios asuntos que más tarde serían cruciales en las experiencias de vanguardia en América Latina. El primero de ellos, el libro argentino con el falso pie de imprenta parisino, funciona, por un lado, como un acto de subversión de las relaciones de dependencia cultural entre el centro y las periferias — vendría a ser un equivalente literario del famoso dibujo de Torres García donde el mapa de Suramérica aparece invertido—, y por otro, como una burla de los provincianos sistemas de legitimación que resultan de dicha dependencia. En otras palabras, pone en cuestión la supuesta primacía de una cultura «mayor» sobre otra «menor» e ironiza respecto del papel que cada parte desempeña en esa relación jerárquica. El segundo gesto, el libro firmado por el falso hijo de Rubén Darío, es un juego bastante más complejo en el que se entrecruzan ese vaciado del espacio del autor al que antes he aludido con la burla de los sistemas de legitimación, en este caso, del recurso de autoridad. Es evidente la filiación entre estas acciones del Vizconde y, por poner dos ejemplos a bote pronto, la sobre-exposición de intenciones y recursos en la novela de Macedonio, con la consecuente carga de crítica a la institución literaria, y la afición de Borges a escribir reseñas de libros inexistentes, por no hablar del retrospectivo aire menardiano que se percibe en estas muecas casi invisibles.

3.

De la elegancia mientras se duerme, publicada en 1925 y gestada, según parece, entre 1910 y 1914, es una novela estructurada como una sucesión de entradas de diario que incluyen pequeñas historias bastante independientes, en algunos casos unidas entre sí por una línea argumental muy tenue. Más que el sistema del puzle, cuya función última es recomponer poco a poco la linealidad narrativa, lo que parece interesarle a Lascano Tegui es el efecto de capas y discontinuidades que provoca la

yuxtaposición de fragmentos. Con todo, la escena culminante del relato —un crimen que, sin ser demasiado premeditado, parece una consecuencia natural de las evoluciones azarosas del texto—, suministra una cuota de sentido estable a todo el libro y acaso permite una lectura más convencional del mismo: diario del asesino, manuscrito encontrado, novela de formación. Géneros todos ellos que, sin embargo, sufren en el proceso de fragmentación un desdibujamiento de sus fronteras y normas.

Por momentos, el modo ostentoso en que se presentan las múltiples truculencias puede resultar irritante, aunque ese registro lautremontiano y su consiguiente carga, a veces predecible, de inmoralidad con abundancia de apologías a la sífilis, el travestismo, la pederastia o la zoofilia, se enriquece con la estructura episódica llena de sínopes, saltos, idas y venidas. En otras palabras, el artificio se exagera presentando en primer plano el horizonte de referencias culturales y librecas mientras el narrador pone en juego su *performance* de reapariciones y enmascaramientos. Porque esa performación, lejos de obedecer a un esquema vulgar de dependencia cultural —en este caso, del acervo propio del decadentismo francés—, es en el fondo una operación de desvío textual que, por un lado, desfigura y resemantiza dicho acervo, y por otro, origina una descripción psicótica de la experiencia, reforzada por el propio amaneramiento de las formas y estilos extraídos de la genealogía maldita: Baudelaire, Rimbaud, Villon, Lautremont. Estamos entonces ante un caso de bovarismo muy elaborado en el que incluso se tiende a la supresión de la estrategia representacional tradicional para conducirnos al terreno de la acción literaria más radical: el diario del narrador es en realidad un cuaderno de notas para preparar un crimen, el *bildungsroman* del joven asesino sufre una degeneración que hace imposible la reconstrucción narrativa de la formación del sujeto —un pastiche literario, en realidad—. De este modo, el crimen, la acción en la que se articularía todo el sentido ético y argumental de los fragmentos, en el fondo no se apoya más que en un entramado de contingencias y plagios literarios, en últimas, en un aparato ficcional que no se molesta en ocultar los materiales con los que está hecho. «¿Y no llegaría a ser el libro como un derivativo de esa idea del crimen que desearía cometer? ¿No podría ser cada página un trozo de vidrio diminuto en la sopa cotidiana de mis semejantes?», se pregunta el narrador. Así, el libro no es el registro de la gestación de un crimen —cosa que lo acercaría al relato policial en puzle— sino el registro de la irreversibilidad, la incapacidad última de recomponer las circunstancias que han dado lugar al acontecimiento central. Toda teleología queda cancelada. No hay redención ni castigo posible, solo entropía, la pesadilla del tiempo incontable en fórmulas narrativas. En este sentido, no me parece osado establecer vínculos entre los procedimientos del libro de Lascano Tegui y el montaje de algunas películas de David Lynch, con sus obsesivos ritornelos y bucles que no hacen más que acentuar la sensación de que es imposible relatar y, por tanto, comprender las

causas del horror.

Emilio Lascano Tegui, falso vizconde sin condado, se pasó la vida lamentando el escaso interés que suscitaban sus libros. Pese a haber estado cerca de los cenáculos culturales más relevantes, su diletantismo y su talento para la reinvención y la máscara lo mantuvieron siempre al margen. Nadie supo jamás dónde encajarlo. ¿Figura de transición entre la asimilación criolla de la cultura francesa de fin de siglo y la vanguardia representada por el núcleo duro de la revista *Martín Fierro*? ¿Cubista? ¿Muralista? ¿Expresionista? Ni qué decir de su posterior rechazo de la modernidad y sus alabanzas a la vida sencilla del campo. Sea como fuere, lo que hizo posible la escritura de un libro tan sorprendente y extraño como *De la elegancia mientras se duerme*, mal que le pesara al propio Vizconde, fue la misma costumbre que le valió la indiferencia de sus contemporáneos: dejar de ocupar el eje gravitacional del texto y hacerse a un lado para permitir que las fuerzas internas de la escritura, como haces de luz a través de una sucesión de cerraduras, encuentren sus puntos de fuga en la concentración máxima del fragmento.

Juan Sebastián Cárdenas

DE LA ELEGANCIA MIENTRAS SE DUERME



«Confieso que continúo escribiendo por pura voluptuosidad. Escribo para mí y para mis amigos. No tengo público grueso, ni fama, ni premio nacional. Conozco a fondo la estrategia literaria y la desprecio. Me lastima la inocencia de mis contemporáneos y la respeto. Además, tengo la pretensión de no repetirme nunca, ni pedir prestado glorias ajenas, de ser siempre virgen y este narcisismo se paga muy caro. Con la indiferencia de los demás. Pero yo he dicho que escribo por pura voluptuosidad. Y como una cortesana, en este sentido, he tirado la zapatilla».

Vizconde de Lascano Tegui

A «La Púa»

Ricardo Güiraldes, Roberto Levillier, Elsa, Alfonso de Laferrère, Pelele, Oliverio Gironde, Julienne, Raúl Monsegur, Rafael Crespo, Alfredo González Garaño, Alberto Gironde, Adan Diehl, Sara, Evar Méndez, Rafael Gironde, Yvette, Vicente Martínez Cuitiño, María Luisa, René Zapata Quesada, Perucho Palacios, Carlos López Buchardo, Raúl Gonnet, Elena Cardona.

Este libro que os he leído hace más de diez años es un libro desanimado y viejo. Sólo sus tapas son nuevas. La guerra con su miseria le ha pasado en medio y lo ha desencuadernado como a los hombres de mi generación. Estas páginas, que fueron las que me valieron vuestra amistad, tienen un gran significado para mí y hoy que me desprendo de ellas para siempre, en obsequio de la crónica literaria de nuestros días, os las dedico íntimamente.

*Vizconde de Lascano Tegui
París, 1924.*

El primer día en que confié mi mano a una manicura fue porque iría en la noche al Moulin Rouge. La antigua enfermera me recortó los padrastrós y esmeriló las uñas. Luego les dio una forma lanceolada, y al concluir su tarea las envolvió en barniz. Mis manos no parecían pertenecerme. Las coloqué sobre la mesa, frente al espejo, cambiando de postura y de luz. Tomé una lapicera con esa falta de soldadura con que se toman las cosas ante un fotógrafo y escribí.

Así comencé este libro.

A la noche fui al Moulin Rouge y oí decir en español a una dama que tenía cerca, refiriéndose a mis extremidades:

—Se ha cuidado las manos como si fuera a cometer un asesinato.

He nacido en Bujival^[1]. El Sena pasa rápido a las espaldas del caserío. Huye de París. Sus aguas verdinegras arrastran la pringue de la ciudad feliz. Al cruzar por mi pueblo el río hace mover la rueda de los molinos a donde van a esconderse los cuerpos de los ahogados pudibundos. Han terminado su viaje a empujones. No pueden filtrar por entre las rejas de los sótanos y sacan a veces un brazo que los descubre y que se tiende al aire en señal de auxilio. Yo he pescado así, cuando era niño, muchos de esos desconocidos. Uno de los carteros era célebre en el pueblo por ser quien traía siempre las cartas de luto. Yo era señalado por haber descubierto el número mayor de cadáveres. Esto me daba una cierta aureola entre mis camaradas y me jactaba conmigo mismo del honor. A los niños de mi edad, los amenazaba con descubrirlos el día en que se ahogaran. Los niños quedaban ensimismados imaginándose ya en los albañales del molino. Mi superioridad era inatacable al análisis, pues había puesto la sugestión de la tragedia en el ambiente cotidiano donde irá a colocarla la lógica cuando la obra de Esquilo parezca por la asimilación del espíritu humano una simple composición escolar.

Cayendo sobre mí el prestigio de tan extraño oficio, era el primero en ser absorbido por la carga que me investía. Si iba a pescar, lo que era frecuente, tendía mi línea cerca del molino. No miraba al corcho, que la corriente mordía bruscamente, esperando ver aparecer entre las rejas a la mano del muerto. Si salía de paseo, pasaba frente al molino y cuando limpiaban la maquinaria, yo era el primero en descender al sótano a buscar entre el lodo objetos de toda especie que las aguas arrastran y que parecen cansadas de llevar a cuestras, puesto que los van dejando en los rincones bajo los puentes y en los pantanos de la ribera.

El molino era viejo. Del tiempo de Luis XIV, «el gran sacerdote de la peluca clásica» como le llamó Tackeray, él que cuando iba a Marly no dejaba de bajar de su berlina y sonreír a la molinera.

Las mujeres de este oficio eran las más hermosas y las más galantes entre las mujeres de pueblo de aquel entonces.

Cuando la Revolución, el señor de Bujival pidió asilo al molinero. Los molineros tenían la llave de la despensa de los nobles y fueron sus más celosos aduaneros. El molinero robaba para sí y a cuenta del señor con quien estaba en connivencia. Pero el molinero de la esclusa roja —una vez que el tirante testero de la casa de su señor levantó al caer las últimas chispas de la hoguera en que habían convertido el palacio los *sansculottes*, de vuelta de Versalles, en una tarde de otoño gris que ha descrito magistralmente Rivarol—, hizo bajar al sótano al señor de Bujival con el pretexto de ocultarle y dejó a cargo de su mujer la misión de abrir las esclusas. El señor de

Bujival no dio un grito. Las aguas lo ahogaron, lo estrangularon contra los hierros de las verjas, y allí estuvo yéndose poco a poco, pedazo a pedazo durante varios meses. En ese entonces nadie echaba el anzuelo frente al molino. El señor de Bujival agitó inútilmente la mano.

Cuando mi madre murió, mi padre, que se estaba tiñendo las patillas, me miró de pies a cabeza y encontrando que mis cabellos no eran lo suficientemente graves en la circunstancia, me los tiñó de negro. Y luego las cejas, originariamente de color zanahoria. La ropa oscura me daba el aspecto de un deudo demasiado dramático. En un dibujo de Daumier vi un tipo de deudo que se me parecía. Tuve horror de mí mismo y comencé desde ese día a olvidar mi figura y a cambiarla paulatinamente. Los libros contribuyeron en mucho a esa transformación. Vestía como uno de los personajes de la novela que leía y cambiaba de modelo. Sin declararlo, yo quería carecer de un mismo aspecto exterior por el que pudieran determinarme a ciencia cierta. Era un odio encubierto al daguerrotipo que convulsionaba las familias de mi pueblo y sentían, por la placa de cobre tornasol, la atracción que sienten los burgueses cuarentones por el cronómetro de oro.

Esta incesante evolución externa debió sacudir mi fondo moral e imprimirle una manera a mi espíritu, que fue siempre inestable y preocupado, como los cascabeles redondos.

He vuelto a ver las dos cabras blancas. Una de ellas me ha mirado. Tiene ojos de señorita. La tarde estaba en silencio y he sentido un chivo dentro de mí, que la comprendía. Las cabras son los animales que me están más cerca, y no he podido menos de responder a esa mirada y comenzar un acercamiento con la más hermosa de ellas cuya ubre rosa es un seno de mujer.

Hoy he tirado un manojito de hojas de malva a la «Señorita». Antes de recogerlo me miró hondamente, como queriendo cerciorarse del motivo de mi obsequio. ¡Cuán parecida era esa cabra a las provincianas que viven en la expectativa del hombre que pasa! ¡Aun del más despreciable de los hombres que pasan, pues las miran con ojos sinceros de deseo como en las ciudades se mira a las prostitutas!

Esa mirada me ha enamorado más. Nunca he sentido tanto el deseo de romper una puerta o de saltar un muro.

He seguido a la niña que lleva a pastar al borde del río a las dos cabras mellizas. Isolina se llama la mía. Por el camino se daba vuelta, convencida de que la seguía. Movía el vientre y la ubre voluptuosamente. No comió por mirarme. Se acercaba a las margaritas, les quebraba el tronco y las abandonaba. Cuando me alejé, quedó melancólica, sobre el borde escarpado de la barranca. La hermana se acercó, y la hermana, que debe admirarla, le lamió el vientre y la ubre.

No teniendo ya mi madre para comunicarme con mis mayores, mi infancia conoció muy pocos seres de quien oír el consejo y sentir la experiencia. Las personas de edad pierden la costumbre de tratar con los niños. No les saben hablar y mucho menos comprender. Los niños los soportan impresionados y luego les cobran horror. Viven solos entre niños. De cuando en cuando pasa un embajador. Es casi siempre un solterón que tiene alma de madre. Yo he conocido el mío. Desembarcó en Bujival con una caja de pintura al hombro. Pintó sus rincones, bebió en todas sus trastiendas y por fin, por llevarse un recuerdo de la localidad, como suele llevarse un recuerdo de Venecia, se llevó la hija del alcalde. Fue este extranjero quien me hizo conocer el temblor y el miedo. Sobre todo comprenderlos. No se me apareció de noche disfrazado de espantapájaros. No. Una mañana me encontró frente a su casa. Yo llevaba las manos en el bolsillo, la cabeza alta e iba silbando: «*Ninon a des boucles d'or*».

Al verme se detuvo. El interés con que miraba era una distinción para mí. Al fin un hombre con quien conversar.

—¿Qué te pasa? —me dijo—. ¿Te has quedado sin manos?

«¿Sin manos?», díjeme entre mí, sabiéndolas en mis bolsillos, y el pintor continuó en un tono curioso, compasivo y deferente:

—¿Acaso te las han cortado?

Hondo fue mi estremecimiento.

Temblé, transpiré, me enfrié, compenetrándome del hecho de verme sin manos, cortadas por un carnicero y colgadas ya en un gancho como dos menudos. Inseguro de mí mismo, de mi memoria, saqué las manos del bolsillo y las miré.

Efectivamente, aún pendían de mis brazos, pero la emoción era demasiado grande para asegurarme de tanta verdad y me miré las manos largo tiempo.

El pintor se alejó dejándome perplejo. Ese hombre acababa de hacerme conocer, a mí, al niño de cuatro años, el drama, la voluptuosidad de vivir, la embriaguez de nuestro rápido destino.

Mi vecino el pintor —Truchet se llamaba— no sólo me hizo conocer el espanto. Sus palabras, sus preguntas, fueron, como sus regalos, inquietantes para un niño. Jamás me dio un cobre para caramelos, como dan generalmente los hombres a los otros niños. No; él me daba relojes descompuestos, mucho más interesantes en su silencio que si hubieran andado. Yo los hurgueteaba durante varios días, y cuando volvía a ver al pintor no dejaba de decirle:

—¿Sabe Ud.? El reloj que Ud. me dio; lo abrí y lo hice marchar.

Hacer marchar un reloj era para mí algo así como el alto oficio de los inquisidores. Lo que yo hacía era hacer saltar lo poco que aún quedaba de bien en la maquinaria detenida y llenar de aceite la caja del reloj. En su fondo lucían bajo el aceite, aún más dorados, los engranajes. El volante era un anillo de hadas y los rubíes ojos de sirenas vendidos en serie y al menudeo.

Otro de los regalos cuyo recuerdo aún perdura fue el de varias banderas con sus astas. En ellas aprendí mi primera geografía. Truchet me dio una bandera amarilla con un águila negra en el medio y me dijo que era la bandera japonesa. Como era amarilla...

Luego me dio otra roja y me dijo que era el pabellón de los cafres de la carne cruda. En una esquina tenía una cruz de San Jorge azul sobre fondo blanco. Y respondió cuando insistí en saber lo que significaba el recorte:

—No te preocupe tan poca cosa. Es un retazo que le han agregado en Manchester los fabricantes de paño.

Mi geografía era digna de un francés. El señor Truchet tuvo la culpa.

Al entrar en las farmacias, me imagino entrar en la Edad Media. El farmacéutico es el tipo perfecto de los sabios de ese entonces. Los tarros están rotulados en latín como los capítulos de la escolástica. La Edad Media es la infancia de un huérfano. El mundo había perdido la paternidad griega y comenzó a vivir por su cuenta. La Edad Media es el primer paso firme de la Humanidad. El farmacéutico que reemplaza al médico en las aldeas es el sabio inseguro. El farmacéutico es la Edad Media que se dirige hacia el médico. La Edad Media significa la pérdida del caduceo de Mercurio y con él, las alas del mundo antiguo. ¿A dónde han ido a caer? ¿Dónde se les halla? En las farmacias.

Ese olor que se desprende de las boticas, ¿qué es sino el olor de la ciencia en la Edad Media? ¿No es un olor de grasa y de menjunjes? ¿No se huelen de cuando en cuando los vapores del azufre?

Fausto se halla detrás de los cristales. ¿Está fabricando píldoras agregativas o policrestas de Mesue, con que curaban el mal de Nápoles los soldados de Francisco I?

Cuando le pido al farmacéutico de mi pueblo que vende sanguijuelas, como en la Edad Media, un poco de cianuro de antimonio, el farmacéutico abre los ojos sorprendidos, como los abriría un santo varón. Mi frase es una herejía. El cuerpo que busco es el colmo de una peligrosa aventura de la química y sin embargo sólo sirve para fricciónarme la cabeza...

Este diario que escribo casi sin ganas, mientras cae la tarde, no es siempre imagen de lo que me ocurre, sino evocación de lo que sucedió y cuyo recuerdo pasa su pluma por mi frente.

Tuve el tifus a los doce años. Creo que lo adquirí en el borde del Sena pescando corchos. Tenía un depósito de tapones que vendía a un trapero al fin de la semana. Los corchos de bocal exageraban mi fortuna. He aquí una estadística. Cada cien corchos, seis de bocales, cuarenta de *champagne* y de vino; el resto, de frascos de medicamentos. Esos tapones atravesando los caños maestros de París y recorriendo cuarenta y seis kilómetros por el Sena se habían salvado de caer al mar.

Entre los corchos que el trapero hervía, antes de vender, yo debo haberme contaminado el tifus. Mi sucesor, un niño vecino, se enfermó luego de lo mismo.

Después de mis viajes fantásticos en los delirios de una fiebre que llegó hasta los cuarenta y cuatro grados, cosa nunca vista y que hizo venir médicos y curiosos de las universidades de París, de Dijón y de Lille, yo disminuía tres kilos por día, perdí el pelo. Las personas que conocí en esos viajes alrededor de mí mismo, a mi semejanza, eran calvos. El pelo me nació de un tono rojizo y un médico que me tomó para sus experiencias quiso demostrar que como yo habitaba Bujival, tierra vecina a la de Croissic, donde se cultiva intensamente la zanahoria, el color de mis cabellos respondía naturalmente, en esta segunda naturaleza, al colorante del medio. En una palabra, que mis cabellos rojizos eran un producto local de la horticultura que me rodeaba.

Fue ese médico quien me hizo conocer el placer de las fricciones. Las fricciones a que me refiero son las de amoníaco, quinina, sulfuro de cal, y sobre todo las de anhídrido de potasio que me dejaban por unas horas los cabellos verdes. El doctor Rochefort ensayó sobre mi cabeza otros reactivos químicos, con resultados negativos a sus suposiciones. No sé lo que se proponía.

Las fricciones peliculares^[2] fueron el encanto de mi juventud. Esas fórmulas raras cayéndome sobre el cuero cabelludo me electrizaban el cuerpo. No creo en el opio, ni en la morfina; jamás el éter sulfúrico por sí solo me hizo nada. Las fricciones de cianuro de antimonio fueron las que me dejaron este cosquilleo latente en la base de la nuca y hacen que a veces, debido al esfuerzo de frotarme, llegue a tener úlceras. La vaselina alcanforada no me producía alivio alguno. El cloruro de etilo, gracias a su temperatura alrededor de cuarenta grados bajo cero, me daba un poco de calma.

Las fricciones de amoníaco fueron las solas que he podido darme luego, debido a la facilidades con que podía procurármelas. En vez de ir al circo, los domingos, iba a la peluquería. Si mi padre me regalaba un franco, tenía lo bastante para tres

fricciones, pero como el álcali da siempre una nota grasa y oscura sobre las toallas, al salir de una peluquería, rumbo de la otra, refregaba mi cabeza con un diario del día. La tinta fresca manchaba de nuevo los cabellos y ni la toalla mentía, ni el peluquero sospechaba mi higiene.

Una sola vez llegué a darme una fricción de sulfato de quinina. Pude apoderarme en la botica del hospital, donde iba con una vecina, que el boticario besaba, de un pote con un resto de sal. Durante diez días no sentí nada sobre la cabeza. Me acostaba la noche e ignoraba si ponía mi frente sobre la almohada o la dejaba en el aire. Se me había como embriagado el cuero cabelludo.

La Edad Media. ¿Todavía? Sí, todo tenía en ese tiempo una razón oscura y sugestiva. La observación estaba trenzada aún con la fe y la fe es sólo el miedo atávico, la cobardía instintiva del hombre. Si ese miedo había concebido a Dios, podría encontrar la razón de todo. Todo tenía una causa en la Edad Media. Las necesidades del efecto creaban causas estupendas. Los niños de hoy sólo pueden comprenderlas y admirarlas cuan bellas son en su misterios. Los hombres han perdido el ritmo de lo sobrenatural. Montaigne dice: «Pasando por Vitry-le-François yo pude ver un hombre que el obispo al confirmar había llamado Germán y que todos los habitantes del lugar han conocido mujer hasta la edad de veintidós años nombrada María. Le conocí ya viejo, soltero y fuertemente barbudo. Haciendo, decía, un cierto esfuerzo al saltar, su cambio de sexo se produjo, y está en boga entre las mujeres de por allá una canción que advierte no abrir mucho las piernas de temor de convertirse en varones como María-Germán».

Al saber que había muerto Madame Roland, su marido, que estaba oculto en una granja, se echó por los campos, decidido a suicidarse. Unos paisanos sintieron un pistoletazo. Era un girondino más que moría.

Al borde del camino lo enterraron, pero tan a flor de tierra, que los niños de los alrededores, con trozos de ramas, jugaban a quien primero tocara el cadáver.

Durante un tiempo, el muerto hizo elástica la tierra que lo cubría. A los pocos días, un día de sol se hundió de golpe. A los meses era un bache donde se juntaba agua, que bebían con fruición los mastines de los pastores.

He sentido al nacer el deseo de corregir esta naturaleza humana que sentía frágil e imperfecta. Mi vida luego la he consagrado a esa sola intención. La lógica no ha secundado mis esfuerzos. La lógica debe resentirse de la misma imperfección: es también humana. La lógica aconseja echar agua sobre el fuego para extinguirlo. Yo he ensayado apagar el fuego colocando un frasco dentro de una cartera.

No lo he conseguido.

De este fracaso me queda el consuelo de haber ensayado un procedimiento personal y que no se lo debía por cierto a la lógica de los hombres, que si saben apagar el fuego, no saben en cambio ser felices. Yo he querido ser feliz. Tenía que seguir necesariamente otro camino.

No hubiera discutido con nadie el problema. Me parece pasado de moda. Pero para mí me he dicho: ¿Tengo un alma? Sí. Y ¿qué es? ¿Una silueta imperceptible de mi persona viajera, externa, inconsútil, vaporosa, etcétera? Estas son formas consecuentes a la lógica humana. El espíritu se desprende de la materia, si no es ella misma, no tiene vida, ni color, ni figura, ni nada. La lógica de los hombres es la lógica de los niños de Macedonia, donde nacieron los filósofos, la misma que la de los niños de Manaos (Brasil).

Mi madre nos cortaba y cosía la ropa y jamás nos bordó letra alguna ni puso mayor cuidado en nuestras camisas que en el dobladillo de un trapo de cocina. A pesar de sus olvidos de civilizada, crecí fuerte, lo mismo que mi pobre hermano, aquel que sirvió para experimento.

Esa mujer que cumplió con su deber tenía el temperamento de un artista y por eso fue simple en las ropas que hizo para vestirnos. Yo quisiera escribir mis cartas sin dobladillo, con su misma sinceridad y sencillez.

Había en Bujival un gran depósito de carruajes. Durante la noche partían hacia París los fiacres perezosos. Eran los noctámbulos de mi pueblo. En un café, Au Rendez-vous des cochers, se reunían los aurigas frente a un vaso de vino. Entre todos esos hombres gruesos, ventrudos y colorados de cara, conocí a uno excepcionalmente grueso, ventrudo y violeta de cara. Su faz era una remolacha donde se abrían dos agujeritos en que espiaban los ojos. Y aun escondían esos ojos bajo el par de cejas unidas, como la guarnición testera del bozal.

Era ese hombre un pedazo de trapo de sotana. Había sido cura y le habían quitado las órdenes. A veces me llevaba consigo hasta el camino del Monte Valeriano, contándome los secretos de su profesión aventurera, que le agradaba como si se sintiera uno de los personajes de Eugenio Sué, de quien se devoraban los folletines. En uno de sus viajes, me contó esta historia, donde me aclaró ciertos misterios de su vida:

—Fui excomulgado por el obispo de Orléans. Un facineroso. Una noche en la estación de Austerlitz, el obispo de Orléans me llama, sube a mi *fiacre*^[3] y se hace conducir a una casa de las afueras. Allí desciende y me pide que le espere.

»Durante el trayecto, el cochero siente ganas de ahorcar al pasajero. Toma las calles solas a la espera de un coraje que no tiene, y ya la noche entrada la venganza alumbra su corazón como la linterna roja de su coche despatarrado. Me refiero a su corazón que alzaba en el humilde altar de su parroquia hasta Dios. Hasta el Dios de los aldeanos, tallado en madera y pintado a la cal. Pero la gordura ha hecho del fraile excomulgado un hombre dulce, la intemperie le ha ennoblecido, como a la paja obscura que guarda bajo su pobreza la espiga dorada del trigo. Era incapaz de concluir con aquel hombre tirano, su enemigo sentado muellemente entre los almohadones del coche. Por fin llegan a destino y el viejo obispo, noblemente vestido, desciende ceremonioso, perfumado a incienso y crujiendo sus sedas, para subir a paso de proceso por la escalera de la casa que le espera.

»El cochero busca un almacén y compra pan y queso. Es su cena. El viajero prolonga su visita y son ya las diez de la noche. De pronto, una mujer, desesperada desciende las escaleras pidiendo auxilio. El cochero se lanza hacia ella. “¡Muerto!... ¡Muerto!...”, exclama la loca y desaparece a lo lejos en la sombra de la calle. Eso es todo.

»Ningún ruido, ninguna puerta que gire sobre sus goznes, ninguna voz. La casa está aterida por la muerte. El cochero deja su bocadillo comenzado, como su vida después de la excomunión sobre el pescante, y comienza a subir las escaleras.

»En el descanso del segundo piso, una puerta se abre. Entra, y por el corredor

donde se ven las ropas de una persona que acaba de desvestirse, sigue hasta la pieza donde sale luz. En este cuarto hay una cama y sobre la cama, rígido, la camisa entreabierta, las medias puestas, Monseñor duerme su último sueño. Es un cuadro de colores regios. El rojo, el blanco, el violeta en todo su esplendor, el verde de las medias y luego los semitonos de las llagas que lleva como hebillas a lo largo de las piernas el faisán desmesurado del eclesiástico. Sobre el pecho rosa y gris, porque hay en él un vello cano, una ristra de medallas de plata y de monedas de oro gitanas. La vela que arde medrosa pone su haz de luz sobre la amatista del anillo episcopal y una pincelada de oro sobre el cutis del glande. El vómito, hecho una tinta mal repartida, ensucia la cabeza del muerto. Un cordón plateado retiene la sotana que se hubiera ido de estar sola al suelo y el birrete sobre la mesa de noche tiene un cronómetro dentro. Alrededor del cadáver, por un efecto de óptica, todo parece muerto.

»El ruido que puede hacer un gato que se ha dormido sobre un diario y cambia de postura sale detrás de las colgaduras. La cama se estremece. Las cortinas, en organdí, tiemblan. Una mujer, delgada, surge de entre los pliegues de damasco punzó. Le asombra hasta el pavor mi presencia y huye apretándose un seno. Pasa ante mí corriendo y al cruzar el corredor grita azorada: «¡Mamá!...». —La voz escapa escaleras arriba—. Se oye correr una persona. Sus pasos parecen colgados del cielo raso. Una señorita de edad y de maneras decididas aparece en la puerta del dormitorio. En una sola mirada mide la extensión del drama. No vacila. Sabe perfectamente qué es lo que hay que hacer en esos trances, como si hubiera tenido muchas hijas en el cuerpo de baile de la Ópera.

»“Ayúdeme”, me dice.

»Echamos el cuerpo sobre la alfombra que estaba a los pies de la cama y arrastramos al obispo hasta la sala. Allí comenzamos a vestirlo. Terminamos la obra, calándole el birrete y poniendo de lado el cronómetro. A duras penas, lo sentamos en el sillón, junto al piano.

»El cadáver no estaba duro aún. Se prestaba galantemente, como excusándose del dolor de cabeza que nos daba, a que hiciéramos con él lo que mejor se nos antojara. La madre, cuyos rasgos, tornaban ante mis ojos tiernos, de más en más aristocráticos, tomó una partitura y se la colocó entre las manos. Al enderezarle la cabeza contra el respaldo, el cadáver volcó la última bocanada de acelgas picadas, que aún guardaba en el esófago, sobre la canción en boga.

»La curia, para donde había salido la mucama, delegó tres amanuenses vestidos de negro. Todo apuro era extemporáneo y entraron, solemnes y flacos, en el salón de corte Luis Felipe. Uno de ellos se echó atrás y se tomó a la puerta. Otro se abrió hacia la derecha para ver más claramente el espectáculo. El tercero, se acercó al cadáver.

»“¿Cómo han pasado los hechos?”, preguntó el más curioso, en estilo policial.

»“Tal como ustedes lo ven”, repuso la dama que parecía subida en una tarima, por

lo claro de su voz. “Mi niña estaba en el piano. Su Señoría quiso hacernos oír una canción. Tomó la partitura y cuando iba a entonar la primera nota, el esfuerzo debió doblarlo. Bajó la cabeza sobre el pecho, y así ha quedado”.

»Esa es la verdad histórica. Pero en el fondo honrado que todos poseemos, para juzgarnos sin piedad ni disculpa, nunca pude conformarme con los hechos que te relato. En esa *mise en scène* magnífica, habíamos cometido un error lamentable. Mi cómplice había puesto al revés la partitura...

»El cochero quedó meditativo, como acongojado de todo corazón. Al cabo de un momento, me tendió la mano y me dijo: “¡Hemos llegado! ¡Hasta mañana! Desciende”.

La vida es el éxito del feto. Nacer es su fin. La muerte no se le aparece todavía, en sus nueve meses de reflexión, como la tragedia de los filósofos cristianos. Es que no se piensa en las salas de espera. Al feto le basta con ver la luz para triunfar. Eso es todo. Ha estado esquivando durante largo tiempo las maniobras del aborto y conocer personalmente todos los elementos que el código penal supone conocer para evitar al ciudadano la pérdida de sus derechos civiles: la ducha de agua fría que hace tiritar el ovario; luego, la perfumada infusión de ruda. Y más tarde, cuando ya no cabían esperanzas, la sonda arterial que la mano trémula de una cincuentona maneja con la experiencia de un matarife novel hurgueteando siempre alrededor, a la manera de los seres perfectos que deseando cumplir en todo momento con las ordenanzas, escupen invariablemente fuera de las salivaderas. El feto puede declamar con tono romántico: ¡Toda la lira!

Por eso es que a pesar de su éxito, se muestra en su rostro la presunción del fin del mundo. La vida sinestésica ha sido una serie ininterrumpida de amenazas. Su triunfo está lleno de melancolía y tiene la frente ancha como si el pensamiento alevoso de morir ahora, de congestión cerebral, repentinamente, se le hubiera atravesado bajo el frontal.

Nunca pude sufrir los grandes bulevares, inventados por Haussman. La gente que se hastía y trabaja a lo largo de la calle me recuerda a San Pablo: «El precio del placer es la muerte». Son los sepulcros blanqueados. Mujeres hermosísimas que viven rápidamente, como las mariposas, inseguras de su belleza bajo el yeso y el emplasto de los afeites: hombres que han hecho de las mujeres la prolongación del vientre de sus madres y viven aún del ovario, de su sangre y de su pus; hombres que se han equivocado y hombres que se agachan a recoger un pedacito de papel verde por si encerrara un céntimo o una fortuna; e interrumpiendo los transeúntes, un camarero que carga con una palma dentro de una maceta, para colocarla al borde de la vereda, como si por ahí pasara el camino de Damasco.

Nada entristece tanto como la popularidad. Ella sabe darnos la misma amargura, ese rencor que nos oprime luego de haber poseído una mujer. La popularidad es eso: tomar una hembra entre sus brazos, sentir que el placer se acerca y tras un breve descanso, en ese instante nos vuelven a cortar el cordón umbilical, la tristeza de los recién nacidos, que siempre tienen ancha la frente, los ojos purulentos, en la boca un rictus de dolor y el sexo arrugado nos envuelve de nuevo. Yo he conocido la popularidad, creo haberlo dicho. He tenido amor propio desde muy niño, después de haber descubierto cinco cadáveres entre las rejas del molino.

Y es así de rápida la vejez de los niños precoces. Los violinistas prodigios a los siete años son viejos a los veinte años. Tienen el alma fatigada de aplausos. Todos ellos se afeminan sucesivamente. A los trece años, los empresarios se apresuran en conservarles los rulos infantiles que los rejuvenecen. Los depilan. Las mujeres los besan en las noches de su beneficio, como a oveja y los hombres como a una mujer. Han conocido todos los placeres menos el placer sensual; pero como su infancia tiene que ser eterna, para bien de los contratos, los empresarios los dejan en manos de los críticos de arte, que son los desfloradores de los altos conocimientos y los que van a poner un dique momentáneo a esa inteligencia que se consume apuradamente. Y entonces los diecisiete años en ese niño precoz son semejantes a los cincuenta y cinco años de un comerciante enriquecido que se echa detrás del placer y se entrega a los soldados en las fortificaciones, y a los peones, dentro de los vagones de ferrocarril que pasan la noche en las vías muertas.

El hombre más escéptico ve pasar sin embargo en una mirada de mujer a la felicidad, que tiene, como dicen los árabes, los talones dorados. Conocí, en mi infancia, una mujer cuya mirada era dulcísima. Su belleza provenía de su debilidad a la vista.

Entraba yo a casa de unas parientas. En ese instante llevaban al asilo a una huérfana que habían criado y que había cometido un gran sacrilegio: se había acostado con un hombre...

No he de ver posiblemente el dolor de la inocencia intensamente reflejado en una pupila humana, como lo vi aquella vez. María Luisa, la huérfana, me miró como podría mirarme un ángel que pasa. Era yo el único hombre entrevistado después de la caída fatal y ya había pasado una semana en la sombra del altillo comiendo sólo pan duro, bebiendo sólo agua con jabón en castigo de sus faltas. Mis tías eran moralistas rigurosas y eran solteras.

En el asilo de religiosas, la tuberculosis, que es una de las formas amables del hada de Cendrillon, se dijo: «Voy a hacer una obra de caridad» y la niña que me miró con los ojos de un ángel en el trayecto del cielo, esa mujer que había aspirado al enorme título de madre, como las niñas que se ponen almohadas bajo las faldas y se dicen embarazadas, murió una madrugada rodeada por los tiernos cuidados de las religiosas, que estaban *seguras* de que debía morir. Al fin mis tías respiraron.

—La voluntad de Dios se ha cumplido —dijo mi tía Javiera, que nunca tuvo senos y usaba batas de entrecasa con alforzas sobre el pecho.

Viviendo junto al río, en ese agujero inconmensurable del valle del Sena, frente al aguar que corre libre, bajo el viento que arranca los árboles de raíz y al sol que tuesta la piel de los pescadores; en el camino que libera de las ciudades, en las rutas donde los vagabundos rumian sus canciones rebeldes, he carecido del sentimiento de autoridad y de la sensación de jerarquía. Mi soledad no ha tenido otro confidente que mi instinto. Hoy, que me he incorporado al resto del mundo en el patio del cuartel, he sufrido como ninguno de mis camaradas puede sufrir. Ellos se quejan de la disciplina y hallan frases con qué hacerlo. Yo no las encontré. Trago mi dolor. Sólo pienso en una sola beatificación. Vengarme. Asociado al amigo que me habla en voz baja dentro del corazón, gritarles mi horror a los hombres que han destruido la belleza de la vida asesinando a los niños.

Yo canto mi infancia en estas páginas que nadie leerá, pues son para mí mismo. A mí no me dieron juguetes que empobrecieran mi hombría y me aconsejaron el ser dócil, y lo que es más triste, a ser común. No. Yo no conocí nunca a los gendarmes en hojalata o cartón con que se entretienen los niños en las ciudades. La justicia es un gendarme pintado, grabado, incrustado en los alimentos que ingerimos. Es la marca de fábrica de esa sociedad triste de gente desencuadrada que no ha sabido conservar la elegancia de cuando era niño y de cuando el hombre, ese monstruo obeso, felizmente dormía.

Fui un buen alumno en la clase de geometría. La línea recta me encantaba. Sobre todo, las perpendiculares. Son las líneas de la vida, me decía.

Nunca pude detenerme ante la litografía de la torre de Pisa que estaba en el vestíbulo de mi casa. La torre inclinada me apesadumbraba el alma. La veía caerse. Tomando el diario, mi primera mirada iba hacia las noticias de Italia. Aún no había caído.

¿Para cuándo? Las pesadillas aprovechaban el tema. La torre de Pisa se desmoronaba estrepitosamente en mis sueños.

La noticia de los derrumbes me causó siempre placer. ¿Cuántas víctimas? Ah, no importa los que murieron bajo los muros en proporción a la tranquilidad moral que ese muro, amenazante al caer, devuelve a tantos que como yo no podían costearlo. Los barrios viejos tienen su poesía, la pátina, la huella del tiempo; pero he dejado de lado siempre a esos barrios que se apoyan codo a codo para no caerse como las viejas de un asilo. No me hacen tanto mal los muros mismos como me inquietan los puntales que les retienen. No me parecen nunca lo suficientemente fuertes. Esos tirantes que no son absolutamente rectos me provocan escalofríos. Los cabellos se me erizan. Lo mismo que delante de los cuadros que cuelgan torcidos, y mucho más aún ante la perspectiva en los paisajes. Es una dolencia que no le disculpo a los malos pintores. Es también mi demasiado amor por los estereoscopios. Los planos tan justamente planteados llenan de dulzura mi alma. En el cementerio de Bujival había una pirámide trunca que rompía la línea a cordel de la calle central. Eché abajo el monumento. Lo levantaron más fuerte. Lo derrumbé de nuevo repetidas veces hasta que los propietarios del sepulcro se dieron cuenta del atentado estético que cometían y redujeron la tumba. No sé si achicaron al muerto.

La proporción, que hace la belleza de la arquitectura, me ha puesto al borde de la muerte. Bujival es hermoso siguiendo las construcciones del siglo XVIII, pero un arco de triunfo que los romanos dejaron en Zaghouan era tan bello, que cada mujer que pasaba frente a él cobraba una belleza aterradora de perfecta. El arco de triunfo me enfermó. Lleváronme preso, como desertor y eso fue mi salvación. Me hubiera muerto como un Buda voluptuoso, al borde del camino contemplando la poesía que vuelca la proporción de las líneas arquitecturales sobre las mujeres de hoy, como daba, hace dos mil años, un encanto semejante a las africanas que habían hecho del amor el templo en que se acostaban para orar.

El amor es el más profundo de los momentos estéticos en la vida de un hombre. El amor y la fe se van y parecen refugiarse conjuntamente, como nacieron, en las campañas con los hombres que tienen miedo de algo y que son temerosos juguetes de

Dios.

Antes, los hombres poseían el mar, las montañas y las estrellas. Los disponían en sus poemas, en sus sueños y en su muerte. Hoy...

Se suele ver a veces, a la distancia, a través de la cuenca del Sena, una cosa imprecisa que por el sitio preferido que ocupa debería ser un niño o una mujer hermosa. Aproximándose al punto de mira nos convencemos que lo que parecía un ser humano predilecto no es más que un perro faldero, una máquina fotográfica o una bicicleta.

El hijo del carbonero —Joaquín— había heredado, en ese juego ciego de las alianzas entre los mucamos y los porteros, una coraza que no era antigua, sino republicana. Joaquín cuidaba el depósito de su padre y se entretenía ajustándose la coraza. En aquel escenario oscuro, quieras que no quieras, el niño de la cara sucia, el pecho envuelto en la placa de acero luciente, no podía menos de evocarme tiempos desaparecidos. El ambiente así oscuro, inextricable, era perfectamente un medio histórico, tal como lo conciben los historiadores, y Joaquín, escondido detrás de la cota tiesa, era un guerrero pasado de moda, una estatua de Marte bajo la tierra esperando el golpe de pala que la descubriera.

Como Joaquín no podía ocultar la satisfacción de verse preso por el corselete de acero, la envidia me despertó de sentir un abrazo semejante. Yo no podía comprarme una coraza. Era mi sueño. Fue entonces que me compré un corsé de hilo rústico, color de vela marina, y conocí el cosquilleo continuo de ese enrejado tácito que hace las formas y el deleite de las mujeres.

Había descubierto el estuche de la voluptuosidad. La Sulamita sobre el vientre de Salomón no tenía otro objeto: la comprensión de ciertos centros nerviosos que intensificaban mi placer a solas.

Joaquín me ha llevado de nuevo a mi infancia. ¿Es la hora azul? ¿Quién la ha llamado así? No deja de ser un sarcasmo para los que ante las leyes que les alcanzan hoy fueron en esa edad pequeños delincuentes.

Un hombre se me acercó un día al volver de la escuela. Yo era cortés como una niña a quien mima su profesora prodigándole caricias que hacen la felicidad de los seres más grandes.

—¿No sabes dónde se alquila una casa?

—Allí enfrente —le repuse.

—¿Quieres ir por las llaves?

Fui a buscarlas y entramos en la casa desalquilada. Las puertas de todas las piezas estaban abiertas y nuestras pisadas volvían del fondo de la casa. En lo alto de la escalera, el hombre amable que me había asociado a su empresa me tendió un paquete de caramelos y con la otra mano me abrió el pantalón.

—¡Qué lindo es! —me dijo con la franca sonrisa de un salvaje, acariciándome.

Yo oí que alguien me llamaba. Era una voz lejana que no había oído después de muerta mi madre. ¿De dónde venía? Sin preocuparme, autómatamente, bajé la escalera. Iba hacia la voz. El hombre de las maneras amables me siguió y cuando yo me alejaba recuperando, apurado, el tiempo del paréntesis, vi que cerraba la puerta prolijamente mirando hacia mí como un poeta en el umbral del Ministerio de Hacienda^[4].

No sabía aún lo que es el amor. Al acercarme a las chicuelas amigas, el perfume de mujer que se va de su carne, naturalmente, pues ellas se ruborizan cuando lo saben, me hacía conocer el mismo vértigo que conocí ya maduro sobre el seno de las mujeres. Atravesé muchas veces con sólo el aroma de las niñas, la delectable emoción que debí conocer más tarde en las líneas fugitivas de las desconocidas. Estaba en crisis de sensación, cuando un día una vecina que se llamaba Julia me hizo subir a verla. Era una viuda. Me sentó en sus faldas y me besó el sexo. Ella fue mi primera querida. Ella me llevó de la mano con la experiencia de sus treinta y cinco años. Esa mujer tenía un gran interés por mí.

Espiritista, creía estar en Bujival cerca del espíritu de su marido, ahogado en el Sena. Habiendo encontrado una veintena de cadáveres en las rejas del molino, el pueblo entero de Bujival reconocía en mí a uno de sus héroes predilectos. Una empresa fúnebre me había dado un ciento de tarjetas para que las deslizara en el bolsillo de los ahogados. La familia del difunto no titubeaba nunca. Esa empresa, mi socia, me daba diez francos de regalo por cada entierro que le conseguía. La señora Julia no podía escapar a la mancha de aceite de mi fama. El cuerpo de su marido no había podido ser encontrado. ¿Lo hallaría yo? No; y entretanto ella no podía casarse. Faltaba el cadáver para verificar la defunción. Como no lo encontré, se vio obligada a solicitar el divorcio de su marido por abandono del domicilio conyugal. En presencia de un médium, evocó, la víspera de la sentencia, al marido errabundo. El médium declaró que veía al esposo en espíritu, detrás mío, sobre mi cabeza y que llevaba en la mano un cartón con este letrero:

Un águila come una banana,
Y toda la humanidad queda dorada.

Este cartel enigmático fue interpretado por la médium, que era esposa de un albañil, en estos términos:

—Águila: soberbia. Banana: perfume. La Humanidad: sangre caliente. Tono dorado: felicidad fugaz.

En un silencio de duelo todos hicimos como si comprendiéramos el símbolo.

Yo quería vivir mi vida. Tenía en ese entonces catorce años, lo que explica mejor mi ansiedad. Un deseo inmoderado de irme lejos me arrastraba por los caminos hasta encontrar la noche. ¿Cómo volvería? El entusiasmo que el espectáculo de la campaña me dio sin reparos siempre me había llevado consigo. Leí a esa edad libros de aventuras por los continentes distantes y salvajes. Las islas que iban a remolque de los dragones en la Edad Media me atraían. Yo quería combatir con los animales feroces y los aborígenes de las tierras mal exploradas. Eran seres incompletos sobre los que veía flotar la vanidosa superioridad del pequeño civilizado.

Conozco de memoria el libro de viaje de Stanley. Lo he leído y recitado a los chicos de Bujival. La mayoría de ellos son hoy apaches. ¿Y qué son los apaches sino cazadores de fieras que han nacido demasiado tarde?

Fue después de esas lecturas que el mundo se me presentó dividido en dos hemisferios. El hemisferio del arma blanca y el prestigioso hemisferio del revólver.

Y me hice fotografiar con un revólver en la mano.

Era la hija de un alcoholista. Su padre tenía las manos muy blancas, como que era un haragán y la niña creció admirándolas. A los siete años se enamoró de una mujer que le tocó la cabeza al pasar. ¿Por qué? Porque tenía las manos hermosas. Esa hubiera sido toda la aspiración de su vida. Había alcanzado la sensación de la belleza, a través de las manos ajenas. Era pobre, vivía sola y no soñó como el mozo de granja en incendiar las parvas para sentir la magnificencia del incendio sobre el fondo de la noche. Porque el hombre no puede ser siempre el vehículo de la belleza total. ¡Pobre la mujer que se entrega a un hombre porque tiene el cabello crespo o porque lo lleva lacio!... Así pierde de nuevo el paraíso.

Un día el padre llamó a Gabriela, a quien nombrábamos entre nosotros la Señorita Fifí. Ella siguió el rastro luminoso de las manos de su padre que empuñaban una navaja. Eran por eso más hermosas que de costumbre y tomándose el sexo se lo cortó delante de la niña. La sangre envolvió aquellas manos que depositaron sobre la mesa familiar los órganos del ebrio. A raíz de esta escena se volvió loca Gabriela. Era una locura generosa. Se entregaba bajo los puentes, en los zaguanes, al caer la tarde, y entre los puestos vacíos del mercado. Mientras la poseía, me lamía las manos. Al fin de nuestra unión, su saliva se hacía espesa y espumosa como la que corre al ras del freno en los caballos desbocados.

He visto caer a mi familia, como un leproso ve caer por segmentos sus manos frías hinchadas. Mi padre trajo del Amazonas un cocodrilo que guardábamos en una piscina cubierta por un enrejado de alambre. El cocodrilo pasaba varios meses dormido y los tábanos y los mosquitos habitaban sobre su lomo escarpado. Contraían al chupar su sangre la enfermedad del sueño. El cocodrilo se despertaba de un solo lado, casi siempre abría el ojo de esa región y nos miraba melancólicamente. Todavía tenía sueño. El ruido de la calle, el trepidar de los carros cargados de legumbres, aceleraban sus pesadillas. Un mosquito que había logrado escapar de su letargo ese día —el cocodrilo tenía un ojo abierto—, picó a mi hermano menor, que recorría con un dedo la extensa dentadura de nuestro huésped, y mi hermano conoció por esa picadura casual el placer inenarrable de servir de experimento. Murió de sueño.

La tumba de mi hermano quedaba en la parte más baja y húmeda del cementerio. El Sena la cubría durante las crecientes periódicas del invierno. Entre el lodo y el limo, recogíamos luego la cruz que la corriente había llevado lejos. La tumba parecía seguirla y arrastrarse y volver al lecho del río, como si en aquel cajón de pino con manijas de plomo no estuvieran ya los huesos descarnados de mi hermano, sino el alma divina y egipcia del cocodrilo sagrado.

Dicen que los gondoleros de Venecia son los hombres más armoniosos de la tierra. Es decir, de la tierra que viaja. No los he visto nunca, pero me imagino que se parecen a los gatos negros, que es lo más armonioso como animal que yo conozco. Si algún hombre extraño ha impresionado una hora de mi vida —pasaban las nubes en las esferas de vidrio del jardín— fueron siempre los fogoneros de los vapores que recorren el Sena. Los he visto de cerca, apoyados sobre la borda del barco, fatigados como Childe-Harold, mirando pasar las tierras, apenas conmovidos por la versatilidad del humo gris de sus pipas. Sólo que sus ojos eran interesantes. Parias que viven frente al fuego y bajo el carbón, las pupilas rojas circundadas de un halo de polvo negro entre las largas pestañas —esas pestañas que el carbón abona—, son sus ojos de almendras, los ojos de las reinas fabulosas y exóticas. Frente a su belleza, yo me he conmovido como Antínoo pudo conmoverse ante los ojos de un legionario de Adriano.

He conocido el escalofrío de lo misterioso, de lo hermético y de lo oriental. Esos ojos parecían concentrar la intención inconfesable de los últimos estilos literarios. Viajeros en países extraños, esos ojos eran románticos. Fijos en el paisaje en una hora de la vida, esos ojos eran sugestivos, aterradores y bellos como los ojos de los retratos en la obscura sala de los castillos húmedos; enormes y fascinantes, como los ojos supuestos de las momias, como los ojos de los egipcios, largos.

He sentido esos ojos fatales sobre mi espíritu de niño a veces femenino. Ojos que los fogoneros llevan incrustados en la cara, como las estatuas griegas de la decadencia poseían ojos de ágata, de esmeralda y de oro. Han pasado reflejándose y sin mirarme, vacíos de emoción y de sentimiento. Los fogoneros de los vaporcitos del Sena poseen los mismos ojos de cristal barato que tienen los animales embalsamados en los museos de la provincia.

María-Germán cambió de sexo a los veinte y dos años. Yo afirmé en el mío apenas contando diez, edad en que los varones dudan en ser mujeres y hay algunos que ya son sensibles como las niñas. Tenía un compañero de clase que besábamos como si no fuera un varón. Y Osvaldo, así se llamaba, era el más feliz de los seres porque sin sospecharlo le hacíamos la corte y le ofrecíamos lo mejor que teníamos. Le invitábamos a ir de paseo y nos daba la fruición de ir con nosotros en fraude. Se escapaba de la casa por acompañarnos. La piel de la cara y de sus piernas era enteramente femenina y llegué celoso a enemistarme con él. Prefería verlo lejos que pertenecer igualmente a todos mis amigos. Cuando volvimos a hacer las paces, ya no era tan agradable. Provocábame repulsión. Se desvivía, en cambio, por serme grato. Le llevaba a la orilla del río y me valía de Osvaldo para atrapar sanguijuelas. Hacíale entrar descalzo en los pajonales de la ribera y las sanguijuelas salían prendidas a sus piernas. A fuerza de servir para mis negocios (en ese entonces, cuando lo explotaba, me besaba ardientemente y yo no podía soportarlo) enflaqueció, creció y cambió el color rosa de su cutis en una piel amarilla. Un día lo expulsaron escandalosamente del Convento de San Francisco y después lo solía ver llegar a París, empolvado como una señorita, caminando en puntas de pie y mirando hacia atrás por si alguien le seguía. Al volver la cabeza sonreía. Se hubiera dicho que acababa de aceptar una seña.

No he hallado en el pasado histórico de Bujival trazas de haber sido la sede de un cuartel de hugonotes. Pero con Osvaldo, mi pueblo se mostró indignado y puritano hasta el exceso. Fue cruel aislándolo. Hallaba un placer especial en sacrificarlo para ejemplo, imponiéndole el más duro derecho de pernada a cambio de la efímera sensación de un segundo, en aquel pobre enfermo tan digno de un sanatorio como inocente ante la ley. ¿Qué sacrificio no aceptaba con tal que lo acompañáramos? Había hecho dos agujeros en las puertas que daban sobre el dormitorio de su madre, casada en segundas nupcias, y el dormitorio de su hermana, una virgen de quince años, de cuerpo pulposo y español. Los desvencijados sexuales que lo acompañaban podían elegir el observatorio que más les placía; ya aquel que daba sobre el libertino padrastro de Osvaldo, ya aquel agujero que se abría sobre la inocencia rosa y desnuda de la virgencita frente al espejo, alarmada como todas las solteras de la soledad sin fondo de las noches provincianas.

10 Septiembre 18...

A cierta altura de mi vida, me acordaba de haber visto y conversado con gente mucho más perfecta que la que conozco hoy. Pero los detalles se han perdido...

También me acuerdo que a esa edad, los caballos de los ómnibus me sonreían. Sí... me sonreían, a pesar de la incredulidad de los hombres que no han sido niños y que hace que parezcan indecisas todas las afirmaciones de mi boca.

Los pescados —me refiero a los del Sena— al llegar a Bujival están viejos y cansados. Conocen todo el trato del arte de pescar. Cuando yo silbo en la ribera, veo que los pescados se entretienen en saltar fuera del agua celebrando la música. En cambio, ni se mueven cuando pasan al lado de las líneas tendidas. Porque los pescadores son aburridos que no saben silbar.

El cochero Raimundo me hizo subir al pescante. De nuevo las historias del barrio — porque un cierto relente de confesionario endulzaba su vida— volvieron a ser pasadas, a la cola, una de otra. Íbamos dando vuelta al bonete verde del Monte Valeriano, cuando vimos una larga teoría de señoritas custodiadas por dos hermanas de la caridad, y Raimundo me increpó:

—Mira las hembras, pequeño, hay que acostumbrarse a ellas. El que pasa inadvertido a una sola mujer deja un enemigo a la espalda. Hay que mirarlas, gustarlas, valorizarlas, a unas provocativamente, a otras con melancolía, pero no hagas de la mujer una excepción. La naturaleza no te lo perdonará.

El cochero Raimundo miró las hermanas custodias, como si las mirara una bragueta abierta.

Y agregó:

—Las conozco... ¡Y cómo las conozco!... Una enfermera, hermana de Jesús en la caridad, enamorose de uno de esos enfermos que echan raíces en los hospitales. Moríase de amor por este resto de humanidad dolorosa, tal como han querido los hombres de las ciudades que la vida fuera. No conocía límites al amor y detrás del vidrio de la puerta la enfermera seguía la línea dulce de aquel perfil que la muerte estiraba. Era un amor mudo. Y la muerte se sentía celosa. Fue una lucha entre dos mujeres y en el vaso en que bebía agua para apagar la sed, la muerte puso polvos de voluptuosidad. El amor fue carnal hasta el paroxismo. Detrás de la puerta de su cámara, la enfermera descendía a los espasmos profundos del amor terrestre. La muerte venció. Murió la religiosa en gran estilo. La enterraron con las ceremonias con que se despide a las víctimas del deber. La bandera tricolor cubría su féretro. Acompañaban sus despojos las enfermeras, los médicos, los convalecientes. Un aprendiz de carpintero que había ido en busca de aquella puerta del hospital, detrás de la que la enfermera murió, siguió el bello cortejo con el batiente de la puerta al hombro. Fue un nuevo Simón Cirineo. La hoja de la puerta llenó de voluptuosidad al aprendiz y una nueva fuente de amor surgió sobre la tierra.

Bujival está poblado de viejas. Tienen grandes caras que llenan los vidrios de las ventanas. ¡Oh, mi Dios, cómo son viejas!... Ya ni la muerte puede convencerlas y sólo morirán cansadas de oír tañer las campanas.

Las gallinas de Bujival tenían la misma historia. Iban lentamente, mucho menos apresuradas que los gallos hacia la cacerola. Su destino no cambiaba por cambiar de dueño. Al contrario. El ladrón que las substraía, las llevaba prestamente al mercado. Había, pues, sin confesarlo, un acuerdo de mutuo interés entre el propietario y el ave, que pudo ser más preciso si el hombre no despreciara tanto a sus semejantes y en vez de aclarar el enigma de la escritura caldea se hubiera preocupado en descifrar el lenguaje de los animales que le son afines. Yo he descubierto curiosos concubinatos en mi pueblo, dramas íntimos y vergonzosos. Así, por esa inclinación de mi espíritu, pude historiar el ascendiente de una de mis vecinas sobre sus aves de corral.

Mi vecina tomaba con frecuencia sus gallinas y les decía tontamente, amenazándolas con el dedo índice:

—Huyan a tiempo de los ladrones, no se dejen tomar por los pilluelos.

Luego las soltaba para volver más tarde, una por una, a repetirles la lección.

Es de creer que las aves entendieron.

Sus gallinas eran las más miedosas que yo haya conocido. El más leve ruido las hacía huir y corrían despavoridas a refugiarse bajo las faldas de su patrona.

Lo que parecía risueño no lo era en cambio. Las estadísticas aseguran que bajo los regímenes tiránicos muere una cantidad mayor de personas de enfermedades del corazón. Las gallinas, presionadas por las advertencias de su propietaria, morían jóvenes, sofocadas por un corazón desproporcionado que no valía por cierto el hígado de los gansos de Perigueux.

—El mundo —me dijo el cochero—, se suicida lentamente... —Buscó una imagen para ser más claro mientras dejaba el látigo y añadió—: Por la brecha abierta a la columna vertebral, se van diariamente al olvido y se reduce a nada la superexistencia de genios que molestarían con su pleno desenvolvimiento a la Humanidad. Los vicios solitarios podrían llamarse los placeres sociales por excelencia. Si el amor se realizara en plena calle, a la vista de todos, la sanidad y la higiene de la ciudad serían intachables. El onanismo es, sin embargo, una virtud social de selección. Una prueba de eliminación.

»Grande ha sido el problema de reunir los hombres. La tarea era imposible. Los genios eran pretenciosos, individualistas sin perdón. Su destino era conducir los otros hombres al matadero y por fin quedarse solos como las montañas. La masturbación ha terminado con los semidioses. No hubieran podido vivir de otra manera con nuestras épocas. Se han *civilizado*. Las mujeres, que son los pecados capitales reunidos, entraron por sus ojos mansamente y se acostaron, allá atrás, sobre los blandos almohadones de sus cerebelos. La masturbación los colocó así, haciéndoles descender, en un terreno común a todos los mortales y fueron igualmente grandes como en el origen, pero deslucidos. Parecen hoy monumentos militares de piedra gris, vastos de cierta autoridad bastarda y primitiva, pero antiestéticos. Ponen su gran dureza en la sombra de la noche y sus aristas perversas en el camino de lo blando, de lo bueno y de lo hermoso. Es su revancha. Y así me lo han dicho, cuando los he confesado y he logrado despegarles el alma del cuerpo, como se desprende a fuerza de puño el cuero de la res carneada.

A los veinte años fue la querida de un pintor. No mereció el oficio. Carecía de entusiasmo. Interrumpió sus tareas con la misma gravedad con que iniciolas un día de lluvia en que se acostó con el artista por no mojarse los pies y se retiró a Bujival, abriendo una florería. En Bujival su botica era un lujo inútil. Esperando un cliente las horas corrían y su hija crecía. El artista le pasaba ochenta francos mensuales de recuerdo, que subdividía con placer de miope en cuatro cuotas semanales. La vieja florista iba los martes al correo a cobrar el giro. La casa quedaba a cargo de su hija, que daba citas ese día al uno y al otro. Así supimos, los muchachos del pueblo, que Anita tenía salpullido en la espalda. La chica se preparaba su porvenir cultivando los regalos de los admiradores de su enfermedad a la piel. Le gustaban las peinetas de quince francos sobre sus cabellos. Anita desapareció sin despedirse. La madre notó su ausencia el martes, no teniendo quién le guardara la casa. La tomó un miedo vago. No salió más. Se hizo traer por el cartero los veinte francos a la tienda y como no tenía nada que hacer se fue secando y así, sus plantas sin aire y sin sol.

Los novelistas exageran cuando ultiman los actores de sus cuentos en una catástrofe, en un incendio o en un crimen. No creen en la asfixia de los días monótonos. La florista no ofrecía más relieve que un alga seca. Sus cosas, su casa y su persona, en un único plano y en un único tono, recordaban por lo chatas y desvitalizadas esos fondos de paisajes a la sepia, comunes a todos los fotógrafos profesionales.

Los hijos de los degenerados viven antes que los otros niños. Han vivido hace siglos. La salud no significa en nosotros otra cosa que el tiempo normal. Un reloj descompuesto anda más que uno en perfecto estado. Vive más. Los hijos de los anormales han vivido hipotecados en sus padres. Nacen viejos. Nacen inteligentes hasta la locura. Nacen cuerdos hasta la mudez. Han vivido en el vientre de la madre, en la sangre del padre, años y años de un sensualismo agotador. Nacen con graves y pulidas cabezas. Sus ojos están marchitos como si hubieran visto muchos paisajes de Corot y si fuera gris su color planetario. Tienen cansadas las manos y muerden el seno de sus madres. Son amantes prematuros. Hijos de los grandes extenuados de la médula, son los niños sabios.

Por eso, era extraña la hija de un vecino, que debía morir antes que las otras niñas raquílicas de Bujival. Al año hablaba con facilidad. Fue un espíritu hiperbólico. Las cosas no le interesaban por su existencia, sino por la sensación que le producían. No las tomaba. Les pasaba la mano por encima.

El ruido le preocupaba. Oía con atención y miedo. Traducía una intensa emoción por el ruido, tal como deben sentirla los marinos que quieren escribir el drama del viento en trescientas páginas. Las primeras palabras que enunció eran adjetivos. Las únicas. Conocía las cosas por su calidad. Llamaba al agua «fría», decía de la leche «dulce», decía del pan «duro». Y para precisar lo que era agradable como una manzana, su madre, un caballo de madera, un balde de plata, todo eso que le hacía llorar, decía «Boo». «Boo» era la palabra generatriz de la pequeña sensitiva que debía morir una tarde de otoño, posiblemente porque no podían darle, cuanto encontraba interesante su espíritu exigente de niña prodigio.

Murió, casualmente, al otro día de haberla llevado hasta el balcón entre mis brazos y de haber señalado a lo lejos el panorama de París. Al verlo la niña de quince meses, se volvió hacia mí y me dijo, como si estuviéramos de acuerdo:

—¿Boo?...

A la entrada de la noche, como una piara de jabalíes que huye delante de la más pura de las mujeres —Diana— los empleados administrativos retorcidos y roídos por la sensualidad, como un expediente más, los sátiros, los vampiros y el pederasta vergonzante aún, se echan por los barrios bajos, buscan los suburbios y espiando las fortificaciones se van desabrochando el pantalón y orinando al azar contra las paredes, contra los árboles.

Esperan al cómplice que no llega y que suponen disfrazado en el obrero que vuelve a su casa, el saco al hombro; en la chicuela que va de compras o en el niño que vuelve tarde de la escuela, envuelto en la capa estrecha que un comerciante en palos ha mezquinado cuanto le fue posible. El chico trae las manos amoratadas de frío y los voluptuosos ven en esas manos deformadas por la miseria un fruto exótico, una primicia del mediodía.

Esta noche no podía sentarme en silla alguna, inquieto como un animal, por instinto, sin punto fijo donde dirigirme, atraído solamente por los caminos oscuros. Iba por el barrial de las fábricas que han comenzado a levantarse en los terrenos anegadizos ganados al Sena.

Un olor a paja ardiada, a residuos depositados, desprendíase de la sombra que escondía paulatinamente las cosas. En un pozo del horizonte, el sol había caído. Frente a mí, una gran usina. La calle cortándola en dos. En sentido opuesto al mío, subiendo el terraplén a cuyos lados la fábrica descargaba sus desperdicios, venía un hombre con dos grandes caballos blancos al cabestro.

El caballerizo pasó y tras suyo, apurando el paso, iba un hombre bizco con una caja de cinc a la espalda.

En un bache, entre las basuras, una mujer que era una niña aún escarbaba la tierra. Estaba enterrando una lata de bizcochos que contenía dos corazones de paloma, seis naipes atravesados por alfileres, un trozo de piedra imán y el retrato de su seductor.

En el paisaje negro, aquella criatura era feliz y religiosa.

—Sube, pequeño.

El cochero me invitó a sentarme a su lado. Iba hacia Nanterre. No tenía grandes ganas de hablar. Guardamos, pues, silencio. Dándose cuenta de que por algo me había hecho subir hasta su pescante, se volvió y me dijo:

—Sólo un vaso de vino contiene la verdadera felicidad. El resto, mi pequeño, no vale un salivazo. Es pura crápula. ¿Conoces a Marie Roger?

Hice el gesto de echarme a andar, hacia atrás, por el recuerdo.

—Tu vecina Marie, la mujer de don Nicolás el zapatero...

—Sí —repuse.

—Esta mañana me mandó llamar. Creía que era para traerle algún encargo de París.

»“Don Raimundo”, me dijo entonces Marie Roger con voz afligida. “Nicolás está loco”. “¿Loco?”. “Lo he mandado buscar para conducirlo a París”. “A un hospital”, me dije entre mí. Y como hay que hacer en esas ocasiones, fui en busca del coche. A duras penas conseguimos persuadir a don Nicolás. No nos reconocía. Sin embargo, cuando le hablé de ir a París a ver a su hermano, no se resistió y nos acompañó.

»El pobre estaba bien loco, loco del todo.

»En el viaje, don Nicolás, que no me reconocía, bajó a saludar a varios conocidos... Y cuando le pregunté a doña María la calle a donde íbamos, me respondió: “Tome Ud. hacia donde quiera”.

»Esta respuesta me dejó perplejo. ¿Acaso ella también se había vuelto loca? “Sí”, agregó. “Vamos por ejemplo al Puente Solferino”. Allí llegamos. Sobre el muelle, unos bancos. Bajó don Nicolás, doña María y su hija, que también nos acompañaba. Entre las dos lo sentaron. Luego me pidieron que las esperara a la distancia. Cuando me alejé, ellas se fueron hacia unos gendarmes que dormitaban contra el muro de las Tullerías. Vi que les hacían señas y hablaban del loco. Los gendarmes se acercaron.

»“¿Uds. no lo conocen?”, preguntaron a las dos mujeres, los gendarmes enternecidos.

»“No”, replicaron las dos al unísono. “Acabamos de pasar al lado de este hombre y nos hemos dado cuenta de que está demente. Es un peligro dejarlo aquí. Sea quien fuere, hay que internarlo en un manicomio”.

»Don Nicolás sonreía como agradeciendo la intención y los vigilantes llamaron un *fiacre* que pasaba y condujeron al loco sin filiación conocida al hospital.

»Fue así como Marie Roger y su hija se desembarazaron del enfermo. El Estado se encargará de su custodia hasta que muera. La familia no pagará ningún gasto. Y como Marie Roger no puede deshacerse de la zapatería con parecido desinterés, se ha quedado con ella...

»¿No ves cómo en esta tierra todo es pura crápula? Gracias a que un vaso de vino nos pone una cortina ante los ojos.

»Ahora, mi pequeño, desciende y, antes de despedirme, te voy a invitar con una copa de agua bendita.

Hizo servir un vaso de ajeno que bendijo con la unción de un viejo sacerdote y el desaliño de trocha ancha de un carrero. Su voz, como la de San Julián, tenía la entonación de una campana de bronce.

Cuando el hijo del alcalde salía de su casa todos los otros chicuelos nos reuníamos, como se reúnen los perros pequeños viendo pasar a los grandes mastines. Sentíamos un inconfesable respeto por el colegial que iba a la escuela a París y que había merecido ya a su edad —trece años— el honor de ser llamado desde un burdel.

Nadie, ninguna mujer ha impresionado de voluptuosidad mi existencia, como aquella chica de once años que tenía los ojos cuarentones de la madre y los movimientos de una tía suya vestidas con colores muy charros que llegaba los lunes a Bujival. A las mujeres las he exprimido como un limón y las he arrojado lejos. Las más ricas en secretos las he desdeñado como las otras. Sólo el recuerdo de la vecina —ella fue siempre impalpable como el recuerdo— insiste en la soledad de mi desgana y de mi desaliento. Es el hada madrina de mi sensibilidad. Mi imaginación parte como una flecha rápida y aguda hacia aquel momento en que su sabiduría intuitiva de mujer le hizo poner el pie sobre una piedra de cantón y me mostró toda la otra pierna. Jamás ninguna mujer, nunca la experiencia de ninguna amorosa vergonzante llegó a igualar el gesto genial de aquella chica que puso sin necesidad el pie sobre una piedra y me descubrió la crema rosa de su pierna, que sabía bien, en su ansiedad de mujer, ser la fortuna más preciosa que poseía.

Debía reintegrar mi regimiento. No pude estar más cerca de esa mujer en ciernes, de esa paloma criminal que añadía a su belleza y a su juventud, la flor carnosa de la inocencia hecha florecer bajo la custodia del jardinero trágico del instinto.

Vecinos éramos. En las vísperas de mi partida, desde mi lecho, en la mañana, la oía alejarse hacia el colegio y comprendía por mis oídos toda la voluptuosidad de sus movimientos. Distinguía el ruido de uno de sus senos pulposos, demasiado grande para su pecho, al desprenderse del otro seno, que como decía Jules Barbey d'Aurevilly a propósito de una virgen de Memling, había resuelto la premisa de la inmaculada concepción mucho antes que los padres de la Iglesia la resolvieran.

En las familias que caen en bancarrota es sobre un extranjero que llega con el título de cuñado sobre quien va a reposar todo peso de la casa. Paralelamente, son siempre los tíos los legítimos apoyos morales de la familia. La mayoría solterones, tío y tíos^[5], son los confidentes de sus sobrinos, las madres del alma de sus sobrinos. Los hay que vegetan en el fondo de la casa como muebles a todo quehacer, pero son los que desaparecieron, los aventureros, quienes irradian un mayor prestigio. Apenas entrevistados en nuestra infancia se fueron demasiado temprano. Su recuerdo flota en la neblina del pasado. Los niños los admiran sin confesarlo, pues ellos poseen el mágico poder de abrirnos el huerto maravilloso de la fantasía. Unos fueron galantes, otros fueron perversos, pero los más fueron pródigos. Mujeriegos, calaveras, sospechados siempre sifilíticos, son los don Juanes de sus épocas. Yo he tenido un tío que desapareció en las luchas del 48. Fue el hijo más hermoso de los seis hijos de mi abuela. Gastó él solo dos terceras partes de nuestra fortuna. Voluptuoso como todos los primogénitos, que son los hijos del amor y del marido, se fue a la revolución del 48, desenvueltamente, como quien va a una cita. Vino a buscarlo una mujer la noche antes. No se supo más de él.

Le llamaban la Española. La conocí ya vieja, alta, desgarbada. Cuando la Montijo fue emperatriz, vino hasta Bujival a visitarla. Una vaga parentela la unía. Por eso obtuvo una pensión de la casa del Emperador.

Fue ella quien predijo la muerte de mi madre. Tenía por delante los naipes en cruz de Malta. pero no decía la buena ventura por dinero. No; su ocupación era superior. Mientras la universidad sostenía que no podían curarse las cataratas, la señora de Salvadores triunfaba como oculista curándolas. En el sur de España, donde naciera, los árabes han dejado sus múltiples enfermedades a la vista y hay allí, parece, muchas personas aptas para curarlas. Es un oficio de tacto. Así como hay sesenta y tantas clasificaciones legales del individuo negro en los Estados Unidos, así también hay sutiles distancias entre una ceguera y otra. La señora de Salvadores tenía la especialidad de las cataratas. Sus manos poseían un registro, a la sordina, para apoyar sobre los ojos sin hacer mal. Curaba las cataratas, dispersaba las nubes, frotándolas, lijándolas.

El único elemento que empleaba eran los restos de su fortuna y de su juventud. Había reducido a un polvo finísimo las varillas de nácar de los abanicos con que coqueteara en las plazas de toros de Andalucía. Con este esmeril que volcaba sobre las córneas, lijaba la capa opaca de la nube, la gastaba, la suprimía al roce, frotando con el párpado bajo el campo de visión vedado.

La señora de Salvadores tenía un halo negro en cada uña y usaba, durante la operación, mitones de cordón negro sobre las manos, anudados por unas cintas de seda color rosa caramelo, a sus muñecas vacías.

Entró al vagón en el instante en que el tren se ponía en marcha. Sentose frente mío y su primera mirada me envolvió en la atmósfera de confusión que me abandonó recién, al dejarme solo.

Alto, rubio, de maneras reservadas, era esa su gran armonía. Sus movimientos deslizábanse sobre terciopelo invisible. Sus brazos no hacían ruido, como los ojos al moverse bajo los párpados. ¿Estaba encantado? Sufría el ascendiente de ese su atractivo. No pude escapar a su prestigio. Durante el trayecto del viaje sus ojos se acercaban y sus labios iban a desplegarse. ¿Quería hablarme? En esa continua indecisión, en ese borde se mantuvo hasta inquietarme. Quise romper los hilos que me retenían. Hubiera querido protestar ruidosamente, pero con cuánta suerte me contuve... Sentí que mis palabras eran fútiles como las de una mujer y que mi voz se hacía fina y aflautada como la de una señorita. Ese hombre me conturbaba hasta la angustia. Por fin, temeroso de que alguien oyera esa voz femenina que temblaba en mi garganta, bajé los ojos. Quise escapar al dominio masculino de aquel ser entrañablemente elegante. Fue una situación insostenible. Levanté los ojos de mi penitencia y vi bajo el ángulo de sus miradas que mis manos eran suaves y rosadas, que mis labios estaban teñidos de rojo, que mi ropa era de seda celeste y que mis bocamangas y mi cuello eran de encaje. Así en ese estado inexplicable y ajeno a todo mi pasado, hice el resto del viaje.

Sus labios parecían despegarse para hablarme, sus ojos acercarse para entenderme. Apenas resbaló una de sus manos. Apenas el viento que atravesaba furioso el compartimento del tren lo despeinó un poco. Y cuando dispúsose a bajar, poniendo una última mirada despaciosa sobre mi persona, vi que se llevaba consigo en un gesto celoso de su mano, el fluido, el perfume y la neblina en que me tuvo supeditado.

Hay hombres que se distinguen por el ahorro de la memoria, y otros a quien hace geniales el desorden de la imaginación. Mi superioridad no tuvo otra fuente de recursos para la observación. Soy un producto de mí mismo. He visto el mundo con el prisma pobrecito de mis ojos. No usé de ojos prestados. Y así fue que, por observar, forma reflexiva de mirar, me distancié de mis amigos y he estado lejos de mis maestros. Por ejemplo, deduje, por observarlo con minuciosidad, que un niño de mi pueblo iba a ser pederasta por quererlo así la naturaleza. La naturaleza había vacilado al concebirlo. Nació a los ocho meses. Todo el mundo con sus mimos, desde el padre que lo hacía saltar sobre sus rodillas y le desplazaba la sensación masculina del placer hasta que fue a parar al fondo del rectum, contribuía silenciosamente a la desviación. Por broma yo le acariciaba la nuca, estimulando, sin quererle, la actividad del bulbo raquídeo, las amigas lo besaban como a una mujer y su voz se conservó cristalina y sus ojos infantiles, melancólicos y (¿por qué?) amantes. El pulgar de sus manos se fue deformando como en los delincuentes que no son otra cosa que degenerados activos. Nada tan chato y defectuoso como el dedo pulgar de los sodomitas. Impresiona por lo bastardo, el resto de la mano atildada y femenina.

Los pederastas debían tener sólo cuatro dedos en cada mano.

¿Por qué me gustan las mujeres cuyos rostros tienen algo en su armadura ósea de la oveja?

¿No será por un amor distante, tal vez el de un pastor que no halló nada más bello que sus animales y la constelación de Ares?

¿Por qué uno de mis parientes murió en lo alto de una muralla mientras el muro sucumbía al constante asalto de los arietes romanos?

¿Por qué Watteau pintó una abuela mía que era hermosísima con un cordero entre los brazos?

¿Por qué la estampa primera que me dieron era la del bautizo de Jesús por San Juan y el cordero pascual servía de testigo?

¿Por qué las mujeres que tienen el labio superior levantado tienen algo de inocente?

Por todo eso, tal vez, y porque las mujeres que tienen los ojos alargados y en almendra son irremediabilmente voluptuosas.

Uno de mis amigos de colegio se llamaba Gastón. Era uno de esos sujetos extraños que compelidos por el pasado realizan un día un hecho al parecer sorprendente y que no es nada más que la especulación silenciosa de su instinto. Hay libros donde los niños leen antes de conocer las letras. Gastón era un viejo a su edad. Su infancia había sido intensa y grave, como puede ser la vida de un hombre entre los veinte y nueve y los treinta y cinco años. Mientras los niños de su edad dormían bajo algodones, lejos del aire, entre blondas y mantillas, él lo pasaba a la intemperie, a la nieve, al sol, al viento y al agua. Su madre vendía flores. Liado como los hijos de los esquimales, colgaba de una de las espaldas de la madre mientras preparaba sus vastos ramilletes de flores. Pasaban las horas sin acordarse del niño. Era como un chico de palo. Los primeros tiempos lloró. Las lágrimas no enternecieron a la madre. Las flores valían en cambio mucho más caro. Sus lágrimas servían para cazar al cliente y retenerlo. Calló por fin, cuando se dio cuenta que llorar no era en su beneficio. Redújose a mirar. Los ojos se le dilataron. Aprendió a leer a su manera. A veces, eran las ruedas amarillas o rojas de los *fiacres* las que venían a entretenerlo. Otras veces, era la reja de hierro de un jardín. Casi siempre, era el canasto multicolor de las flores de su madre y cuando esta lo ponía boca abajo, el arroyo que pasaba al ras del cordón de la vereda, los perros, los talones de los transeúntes, el regatón de los paraguas, los zuecos de los barrenderos municipales.

Condenado a ser párvulo toda su vida, fue creciendo constreñido por los pañales y las fajas aviesas que lo torturaban. Una hermana vino a liberarlo cuando amenazaba no crecer más allá de los manzanos en los jardines japoneses. La savia que no había podido irse a las ramas se expandió, puede decirse, en sus ojos. No sólo miraban, fotografiaban lo que veían y eso hacía la diversión de la escuela.

Cuando hemos sido niños o turistas —que es un estado infantil del movimiento— nos hemos detenido a mirar a través del agujero de un caleidoscopio o de un diminuto antejo de larga vista en cuyo interior la paciencia de los forzados puso una vista de la catedral de Colonia, de la torre inclinada de Pisa o del Coliseo Romano. En los ojos de Gastón reaparecían a nuestro pedido las ruedas del coche, los perros, las canastas de flores que impresionaron su infancia. Era sorprendente. Pero, ¡oh, lógica de la naturaleza!, cuando pasaban ante nosotros las niñas que volvían del gimnasio, en los ojos de Gastón aparecían sin quererlo, a pesar suyo, los ramos de rosas, de jazmines y de violetas que sus lágrimas en otro tiempo habían hecho subir de precio.

Tienen los franceses la impresión que sólo las malas personas, lo malo de cada país se aleja de su tierra y se va al exterior. Me han alimentado con esa opinión. Pero no es cierto. Sucede lo contrario.

Tuve una amiga de Burdeos, elegante, distinguida de porte. Creí que todas las mujeres de Burdeos se le parecían. Cuando fui a esa ciudad, encontré que no había en ella nadie que pudiera igualarla, ni hacerla recordar.

Entré a un burdel una tarde y conocí a una belga de Ostende. Tenía tan hermosos senos que me reservé el placer de la casa entera. Hice cerrar las puertas y busqué por todos los expedientes la posesión voluptuosa de esos senos inaccesibles. Cuando fui a Ostende —en la creencia de que las mujeres de esta ciudad tenían senos no menos hermosos— vi con tristeza que ni las niñas de catorce años tenían pechos tan prestigiosos como los que perdí por generalizar ideas comunes en el burdel de París.

La mujer más hermosa que creo haber conocido era danesa, pero como hallé sobre sus piernas rosas unas lombrices blancas, sentí por Dinamarca y sus mujeres un asco profundo. Por error, no comprendiendo bien de qué parte de la tierra era, tuve ante mí desnuda a la hija de un arquitecto danés. Fue la segunda mujer más hermosa que creo haber conocido y esta no tenía lombrices en ninguna de sus coyunturas. No conviene, pues, generalizar.

Estudiante, iba a un burdel de la barriada sud de la ciudad. Una de las mujeres era inglesa. Maravillosa hembra de placer.

—¡Qué hermoso animalito!

Le sobrellamaban «La estrella del Sud». Su fama corría por la ciudad y los campos. Los paisanos se embarcaban en su dirección. ¿Serían así las inglesas?

No, ninguna he encontrado en Inglaterra como ella.

En el último baile de las Tullerías la mujer en quien iban a parar todos los deseos parecía salir de un capítulo de Balzac y de una provincia de Francia. Era una reina morena. Y prestigiosa. El sol del mediodía la había hecho madurar con las naranjas. Pero afirmábase sobre todo, su blasón y su nobleza y su sangre azul.

La hallé luego en un burdel de Sevilla, su ciudad natal, y era la hija de una cigarrera.

Deduzco de este interminable rosario de contrariedades que lo mejor de cada país emigra sintiéndose superior, no necesitando la etiqueta de lo nacional para ser una individualidad descollante. Valen, pues, tanto como una nación. Son naciones sin arraigo geográfico. Tienen las nubes por asiento, como Júpiter las tuvo para asentar su trono y encubrir los pies de Hebe que era mortal.

Y el viejo cochero subió al pescante donde ya me había instalado. Era la orden de partir. Agité el látigo y así anduvimos, yo jugando al cochero y él preocupado como si hubiera venido a menos, descontando de antemano la triste condición de pasajero.

Al atravesar una calle, casi me llevo por delante un vejete enjuto vestido de gendarme. Y mi amigo me sacó las riendas con esa dulzura de confesor que conservaba aún de su primera época cuando controlaba con su dedo espiritual la preexistencia de los hímenes parroquianos. En cambio del placer que me arrancaba, me contó la historia de esa mi víctima incompleta que habíamos dejado atrás.

—Guardabosque del Señor de Croissic, en tiempos en que yo era muchacho —me dijo el cochero—, ese hombre que acabamos de cruzar no supo jamás sacar beneficio de su cargo. Su conciencia estuvo siempre embarazada por su posición y por un extraño accidente que le ocurrió en los primeros años de sus funciones. Recorriendo los bosques vio un día a un gamo tras unas matas. Pasó sigiloso como si presintiera la escopeta entusiasta del cazador legal. Nuestro héroe dejose tentar por una presa que hacía la gloria de su patrón. Vio varios kilos de carne y todavía una piel de gamuza con que limpiar más tarde las cacerolas de cobre de su cocina y disparó el arma. Oyó un grito. Su bala había alcanzado al gamo, que se desplomó.

»Cuando se acercó a recogerlo, cuál no sería su sorpresa al ver, en vez de un gamo, el cadáver de un cazador furtivo. El color marrón de los pantalones lo había engañado.

»Fue una tragedia. Y él echaba las culpas a su grande imaginación. La imaginación es lo que ennoblece al salvaje y ha hecho de nuestros abuelos hotentotes, sabios, reyes y sacerdotes. En este hombre que bordeaba la poesía habíalo llevado al crimen. Siempre se arrepentía. Y su dolor, era mucho mayor porque no pudo dar a sus hijos esa levadura espiritual que hace la felicidad y la desgracia de los hombres superiores. Una de sus hijas dejó trasparentar que tenía un amante.

»¿Cómo corregir a su hija? ¿Cómo darle el sentido moral de que parecía carecer? Este hombre de imaginación propia ideó ponerse su viejo traje de gendarme y sus dos decoraciones: la de salvataje y la de veinticinco años de servicio, para impresionar con todas las formas exteriores de su dignidad a la oveja descarriada.

»Y cuando la hija se acordó de volver al hogar, la gravedad del padre, dos o tres palabras que rodaron de sus labios, le hicieron alzar las espaldas y dirigiéndose a su hermana, le preguntó en qué época del año caía el Carnaval.

»Con igual despreocupación de las formas, casi lo has llevado por delante sin fijarte que usaba el uniforme de gendarme y que si hay un delito en apretar un viandante, hay varios delitos en uno al arrollar un gendarme, aunque este sea sólo pintado. Las libreas que el mundo nos hace llevar no son infamantes. No. Ellas deben

acicatear nuestra imaginación hasta doblarnos ante la concepción radiosa de la primera librea de la nación: el rey.

Las mujeres fueron reemplazando paulatinamente a los hombres de la fábrica. Así empezaron a afearse las mujeres de Bujival. Las mujeres de barrios bajos cuyos cabellos huelen a agrio gustando aún del placer hebreo de untarse la cabellera con aceite de almendra.

Era una fábrica de receptores para teléfonos. A las seis de la tarde cerrábanse los talleres y las mujeres seguían en ristra por el borde del Sena. Cantaban y cuando cantaban iban a zancos, abriendo las piernas como las holandesas de Greemvaneco.

Y voy a decir por qué cantaban. El primer plantel de mujeres fue de jóvenes de diez y siete a veinte años. Una de ellas, la camarada íntima de todas —la colocaron siempre en medio de la fila— parecía que iba a quebrarse de delicada, tenía casi mi misma edad. Se había fijado en mí y su secreto lo sospechaban sus amigas. Yo la esperaba en una vuelta del camino. Oía llegar las risas vulgarotas, los gritos agrios, las ironías baratas de esas muchachas que hablan a puñetazos, como las máquinas a quienes escuchaban durante todo el día. Al verme callaban las obreras. Hacíanse las desentendidas y sólo Isabel me miraba. Como el sol que caía en ese instante, así era de dulce la mirada de sus ojos verdes. Unos metros más allá, a una orden que ella no daba, la emoción concluía y escuchábanse de nuevo las risas y las palabrotas y lejos... ella daba vuelta la cabeza.

Un día no pasó entre las amigas y las amigas, que sentían el imperio extraño de esa predestinada a irse demasiado pronto, como todos los días, callaron y se hicieron las desentendidas. Ninguna me miró. Y supe la verdad. Isabel estaba moribunda.

Habiéndome decidido a indagar días más tarde por su salud, me instalé en el recodo del camino, cuando oí que venía una canción por la huella. Las mujeres de la fábrica de teléfonos sensibles, habían reemplazado a la amiga muerta por una canción.

Tengo del instante aquel esa precisión tan vanidosa como falsa que poseen los testigos de un hecho policial cualquiera. Fue un día de sol y el ruido de un carro que venía sobre el camino me hería el oído. Yo pensaba en una mujer que tenía en su madurez los ojos enormes y color de uvas claras. Sentí que algo se me caía, se deslizaba como una piel de zorro rueda abajo por la espalda insensible de una mujer deportiva.

Era mi virginidad la que caía. Estuve por agacharme a recogerla y una pereza que me ha dado la indiferencia de hombre amado que me distingue me impidió hacer el gesto.

Volví a mi casa y recién comprendí en el rostro de los que me eran afines la extensión de la pérdida. No podía volver atrás. ¿Sobre el camino, la encontraría aún? La tarde había transcurrido. Una tormenta de verano había sacudido la lona ardida de un circo de bohemios instalado en los suburbios. Una lluvia espesa y fugaz había caído.

Preferí distraerme yendo al circo. Seguir la línea del parasol y de la equilibrista, que no es nunca línea recta y perpendicular, seguir el payaso por el zócalo del picadero.

Llegué temprano. No había comenzado la función. Encendieron delante mío las tres filas de luces a gas. Unos faroles chinos en la puerta y la guirnalda de vasos de aceite sobre la boletería ardían de buena hora.

La banda —un clarín, un bombo, un clarinete, un violín y un triángulo— tocó un vals. Luego ejecutó una polca.

El triángulo marcaba el compás. Y el chico que llevaba el ritmo le había retenido a un arco de hierro del armazón del bombo con un pedazo fresco de tendón. ¿Era acaso mi virginidad?

Mi servicio militar fue casi nulo. Recorrí los cuarteles de Tunes, de Zaguhan, de Souza y estuve un año destacado en Kairuán. Es la ciudad santa de los árabes, en África. Una gran muralla sarracena la rodea todavía. Alrededor de la estación del ferrocarril se ha detenido el progreso. Lentamente se va formando el barrio europeo. El progreso comprende una sucursal de correos, un Hotel de Francia y algunas casas de ladrillo donde viven los perceptores de la renta. Toda la barriada tiene varios pisos y aisladas unas casas de las otras, me recordaban entre la sombra de los crepúsculos que caen rápidos sobre el desierto, los frascos de boca ancha en que viven, allá en la barbería de Galard, las sanguijuelas que mi padre solía usar una vez por semana.

Hay que agregar a todas estas muestras de europeísmo acampadas a la vera de ese gran corral blanco de la ciudad musulmana la comisaría local, una delegación municipal, un café con su melancólico billar y un burdel que representa la autoridad y el orden dentro de la prostitución.

Haciendo mi servicio conocí a Moreau. Era zuavo como yo. Indiferentes a toda perfección militar, esperábamos nuestro retorno a Tunes, yendo del café del *corso* Longobardi al burdel de Madame Flora. En ambos sitios entrábamos como en nuestras casas. En uno nos sacábamos la chaqueta y en el otro los pantalones. En el café jugábamos al billar como dos niños para matar el tiempo. En casa de Flora jugábamos a ver quién era más hombre.

Mi amigo Moreau, era no tan alto ni fornido como yo, pero la naturaleza lo había mejor dotado. Ese privilegio solía ponerle un poco de plomo en las alas de su fantasía. No siempre las mujeres que elegía se disponían a acompañarlo. No se atrevían a complacerlo sin que antes Flora, que había ido a parar a África siguiendo los rastros de Hércules, pues ya había regentado una casa en Gibraltar, lo autorizara. Moreau, pertenecía a la reserva de la dueña de casa.

En casa de Flora, a la par de mi amigo que era un exponente de rudeza masculina yo parecía de primera intención y esta característica se fue acentuando luego, un hombre delicado que se inclinaba cortesano como un señor de las ciudades y no se echaba rudo sobre la presa como se echan los aldeanos al pie de las parvas. Mi amigo Moreau llegaba siempre ebrio a la casa del placer. Yo procuraba embriagarme en ella. La carne femenina era un alcohol mucho más intenso y penetrante que el ajeno. Aunque al declararlo me avergüence, una lorenese rubia llegó hasta enfermarme por sus bellezas secretas. Estaba profundamente enamorado. Le hice versos. Es decir, hice mis primeras armas.

Mis versos no eran hijos del sueño o del deseo. Eran la flor de la realidad, de la satisfacción misma. Yo he conocido así el más allá del placer, sin que me costara demasiado. Una prostituta que se aburre, el hastío de los burdeles es extenso como el

Sáhara, no es una mujer peligrosa cuando nos ama. Su amor se reduce a no cobrarnos nada. Si en cambio nos da dinero, los riesgos de la mujer se acentúan. En caso de olvido, es la primera que por entretenerse, tan grande es su soledad, escribe una carta anónima y nos denuncia a la policía. La justicia para las mujeres que están al margen del lecho y de la sociedad es una cara voluptuosidad. Aman los gestos y las palabras sonoras y altivas de las tragedias de Racine. No porque en ellas se quejen los protagonistas, sino porque en ellas se apostrofa a los representantes de la autoridad y desafían al hombre como el ladrón puede hacerlo al juez. Así insultan a los representantes de la autoridad y cuando las mujeres públicas hacen ironía, es siempre frente a la ley. Este diálogo oído me lo recuerda:

—¿Por qué ha maltratado al agente que quería detenerla? Estaba Ud. acusada de robo.

—Me hallaba ebria.

—Eso no la justifica.

—Cuando me encuentro encinta o tomo más de lo conveniente, siento la necesidad de pegarle a un vigilante.

Ivonne fue mi primer amor. El servicio militar fue leve para mí. Casi no paré en el cuartel. Moreau representa todo el recuerdo de esa época en la que no tuve que hacer nada. Fue, pues, precisamente por ocio que amé, por no saber qué hacer, como se ama siempre, a la lorenesa cuya blancura no tenía el fondo rosa y azul de las carnes comunes. Era salmón, jugo de salmón, el que corría en su sangre. Tan blanca con ese vino tan rubio dentro, Yvonne era una copa de mármol que sólo las esclavas pueden llenar y sólo los magnates de Oriente beber. Había ido a parar a Kairuán. Su amante, un genio de la prostitución, concibió el negocio y ella se había dejado conducir. Si la mujer que espera al hombre en los burdeles se aburre inmensamente, el amante que le deja para mayor comodidad en su trabajo, arrastra fuera, por las calles, por las plazas y los cafés, el mismo hastío. Es como el caballo de los toros que va pisando sus propios intestinos. Ese amante de la lorenesa, un marsellés moreno, estaba como nosotros, mucho más que nosotros, condenado a Kairuán. Dormía, bebía, erraba. Era el representante misterioso de un círculo de ex hombres que sólo explica y protege la sombra de grandes ciudades. Aquel rufián, sin amistades, mirado despectivamente por todos, era sin embargo una figura en el barrio europeo. Era una muestra de la civilización occidental tan interesante como la figura del perceptor de rentas o la del comisionado municipal. Constituía la esperanza de la comisaría local a donde casi nunca llegaba un extranjero acusado. Eran siempre los acusadores. Ese rufián sin ocupación estaba destinado a violar las leyes. El comisario lo esperaba impacientemente, en la tristeza de la comisaría decorada con un escritorio, dos sillas y sobre aquel una carpeta virgen de sumarios, y un sello de goma con que el jefe supremo timbraba sus *Cartas de Oriente*, como le llamó el mariscal de Molke a

aquellas que escribía a su hermana hallándose de paso, en Constantinopla, por unos días.

La lorenesa comprendía, como una mujer casada, la voluptuosidad del peligro. Yo esperaba que el comisario iniciara sus sumarios con el de mi muerte en manos del marsellés. De pronto, un árabe me salvó.

Detrás de una chicuela demasiado desarrollada para su edad, vaya uno a saber cómo y por qué, va siempre un empleado de policía secreta. Esa chica es el cebo que recoge los sátiros dispersos por la ciudad. Los jefes de oficina la conocen. Esos burócratas que se han esterilizado durante veinte años entre expedientes en trámite, son las víctimas de la policía de malas costumbres. De la misma manera, detrás de un señor desocupado va un encargado de engancharlo y dirigirlo hacia una casa de citas. Una tarde que en la terraza de la gran mezquita suspiraba sonoramente mi aburrimiento como los camellos que pacen en los alrededores de Kairuán bostezan el suyo, un árabe se me acercó. Era uno de los guías que mostraba la ciudad a los peregrinos.

Me propuso conocer un interior árabe. El cristiano no puede morar entre musulmanes. Sin embargo, un cristiano puede ver, sin que esto sea un pecado, a las mujeres árabes la cara descubierta. Ese era el espectáculo que se me ofrecía. Acepté. En la casa árabe tejían las mujeres. Una de ellas, de cierta edad, me maldecía por los cuatro costados. Las dos otras jóvenes, me sonreían. Cuando la curiosidad me llevó a la puerta de calle de nuevo, encontré al guía que me esperaba.

—¿Qué tal? —me dijo. Yo descubrí por la pregunta que se me pedía una opinión no del interior, que no me interesó mayormente, pero sí de las jóvenes que me sonreían.

—Muy buenas las dos —le dije, sin entusiasmo.

—Un franco —me respondió.

—¿Un franco? ¿Qué?... ¿Quieres un franco?

—Sí. Ud. puede estar un rato con ellas sólo por un franco.

No había encontrado nunca nada tan joven y tan barato.

—Venga por un franco —dije y así conocí a Grisela. El padre, porque el árabe que me la proponía era el padre de las jóvenes que me sonrieron, recibió a un franco por expedición la importante suma de setecientos francos en seis meses.

La chica ya no podía tejer alfombras. La acaparé, hasta el día en que volví a Tunes. La juventud de Grisela, la novedad musulmana, el cariño de perra faldera, la extrema devoción de aquella chicuela de trece años me trastornaron. Yvonne quiso vengarse en brazos de Moreau. Fue así como perdió el pelo en manos de Flora. El marsellés prendió fuego a las cortinas de la sala y fue detenido en Souza. La comisaría de Kairuán no llegó a poseerlo. ¡Ella un tanto lo había anhelado!...

El burdel de Souza era pequeño. El salón donde se ensimismaban los soldados había compelido a salir de base a las paredes, arrinconando las piezas vecinas. Las tenía acorraladas. Sus puertas no podían abrirse del todo. Si la casa era chica para tanto cliente, la paciencia nuestra era filosófica. Lo que aumentaba su peligro. Estaba encausada. Y era una fuerza potente, prodigiosa. Cincuenta, ochenta, cien seres zamarreados por el deseo, maltrechos de celo, de temor, y hambrientos de carne, agolpados en un mismo lugar y esperando todos la misma cosa, comulgaban en un solo cíclope terrible que se oía cambiar de postura desde las piezas de las mujeres. Ochenta hombres perfumados con ácido acético, nuez moscada, pimienta y clavos de olor, conformaban una sola carnaza, un solo ser amenazante y ciego. Oíase dar su testuz contra las paredes. Las sillas se desplomaban a su peso y el rumor de la espera tenue como un aceite, rápido como un ácido, penetraba por los intersticios, corría al ras de las paredes, contra el zócalo. A veces parecía un hilo de agua, algunas veces una hilera de hormigas y otras veces un alambre de púa negro.

¿Habéis oído crujir los grandes trasatlánticos, ceñidos por el mar? Así crujía la pieza de Esther la judía cuando nuestro coloquio se prolongaba y mi placer la monopolizaba toda la noche. ¿Habéis oído hablar de las sombras de los desaparecidos que pasean por las azoteas de las casas en que murieron? Así veíamos pasar la silueta inquieta de los machos cabríos retenidos en el brete del burdel. Eran pesadillas sin cesar las que sacudían mi sueño en la pieza de la judía. La tropa del 46 de Infantería no me lo perdonaba. Independientemente de su voluntad. Era el deseo con la bragueta desprendida, vagabundo por el muro de Alejandría, el que golpeaba con señas convenidas las cuatro paredes de la cámara para apretarlas luego entre sus brazos potentes y ahogarme entre ellas. Poco a poco se convencía de la inutilidad de tanto esfuerzo y astuto tomaba otro camino. Venía entonces a abrir la puerta cuya falleba no sabía correr. No tenía manos. Descargábase sobre la puerta y empujaba. La puerta era elástica. Parecía ceder para volver de nuevo a ser más rígida. Yo seguía desde la cama la lucha cruenta entre la madera que era de cedro del Líbano y el miembro del deseo vagabundo, y admiraba al fin el triunfo de la puerta.

El sol entraba ya por las rendijas del cuarto malparado y el eunuco de la casa sacudía las alfombras del salón que parecían endurecidas a salivazos, las hojas espinosas de los higos cactus.

Creo haber dicho en otra ocasión que uno de mis parientes era miope y oculista y que pescaba con una caña común ayudado por un antejo de larga vista. La miopía imponía una medida discreta a sus gustos y a su intención. Era meticuloso, en consecuencia. Yo he heredado su gusto exagerado por la nitidez. Hay un doble placer en ver y en ver claro. El microscopio es mi lente legal. El invierno que me acercaba a los cristales de la sala, para seguir al través la vida pesarosa de las gentes envueltas en nieve, me hacía preparar de antemano mi observatorio. Limpiaba los cristales con tal esmero que luego parecían de traslúcidos no existir. Las moscas, que ignoran la invención del vidrio, venían desde la calle hacia mis cristales a morir. Yo las he observado claramente morir, la una sobre la otra, queriendo prolongarse en un gesto inútil y sensual. El invierno las asesinaba sobre mis vidrios nítidos, que estaban como una celada en su camino. Y yo detrás del vidrio para verlas morir.

Después de dos años de ausencia, me he hallado hoy al volver a Bujival con el cochero Raimundo. Estaba más viejo. Su cabeza ha encanecido de golpe. Era «la nieve de los años», imagen cursi y romántica. Tenía hongos grises por cabellos. No era un vencido del tiempo, sino de la intemperie.

¿Preguntarle por su vida? No. Se lee fácilmente un diario de cabo a rabo, pero uno huye ante un año de diarios empaquetados... Así se me presentaba Raimundo. Como un lío de papel enorme y tan voluminoso como sabio.

—¿Qué es de tu vida? —me inquirió en cambio. Mi vida que sería apenas un renglón en su cartera de cochero vagabundo. ¿Qué nos traes de África?

—La sífilis —le repuse sintéticamente.

Raimundo encontró muy natural la noticia. Tal vez hubiera extrañado mi vuelta de África con las manos vacías. ¿Pero es que yo hubiera podido ocultarle a ese mayúsculo confesor el drama interior que es el motivo de arte supremo a que puede aspirar un individuo, la fiera y el mártir cristiano en el circo del alma?

—¿Y qué vas a hacer de ella? —me dijo con sorna el viejo paquidermo.

—Tengo la intención de escribir un libro... Un libro que sería como el cuaderno sintomático de la sífilis y que serviría de fuente informativa para médicos y literatos. En este crepúsculo, la idea de un libro ha golpeado mi puerta y me he dejado vencer como si ella fuera una mujer más... Aunque el libro sea el descrédito mayor que puede tentar a un espíritu original.

»Quiero escribir un libro, Raimundo, donde aparezca tornasol la fantasía de mi enfermedad...

—Una sola duda pudiera retenerte —repuso el varón—, y es que a raíz del libro las mujeres te abandonen. Y eso no sucederá. Las mujeres aman con preferencia a un depravado. Si tú confieras que te hallas enfermo de lo que llaman tan poéticamente nuestras esposas «de una mala enfermedad», recién sabrás lo que es ser amado. Tendrás, soberbio conquistador, el atractivo de un peligro más. Hasta hoy, sólo el embarazo de ti hacíate seductor. Mañana, el nuevo encanto creará una nueva voluptuosidad: la de estar sifilítica. Será la cuarta voluptuosidad que le conozco a la mujer. Conóciale sólo tres: la de abortar, la de menstruar y la de la cánula del irrigador.

»¿Un cuaderno sintomático, decías?

—Sí, el proceso sinuoso que siguen desde ya en mí, el amor y la sífilis. El uno es todo pureza. La otra... ¿cómo calificarla?...

—Llámale la gloria de don Juan. Y si tienes el coraje de traicionar el secreto profesional de tu vida, no dudes en hacer héroe de tu libro al mismo don Juan. Imagínate qué hermoso sería el caso... Lo único que le falta a don Juan, que ha sido

el falo griego de las mujeres católicas, es estar sifilítico...

—Lo pensaré —repuse, y bajé del pescante decidido a escribir el primer monólogo.

No conoceréis cuán hondo es el abismo si antes no os habéis asomado al brocal de un chancro propio. La excavación pequeña que ha hecho un obrero silencioso sobre la carne ingenua, presenta la profundidad negra de la eternidad. Estar señalado así, con un cráter sobre el cuerpo, un cráter que se cubre fácilmente con algodón, es signo de haber merecido la belleza de Dios, que pone piedras preciosas en el camino y hace otros caminos intransitables. Yo no tengo la culpa de haber alcanzado tanto honor. El tabique nasal de mi hijo, que la sífilis reducirá, le hará parecido a Sócrates para bien de la estatuaria de mañana. El hijo de la partera de Atenas no dejó obras escritas que lo conmemoraran. Sólo se conoce su busto. El tiempo lo ha respetado. La nariz chata era irrompible. La nariz entraba en el bloque de piedra. Se solidarizaba con la masa. La sífilis hereditaria, dicen hoy los sabios, habíalo aligerado del tabique nasal. Lo que hizo su fealdad en vida debía contribuir a eternizarlo. ¿Para qué iba a cargar las bibliotecas con su genio? Las cabezas socráticas de piedra que no ofrecen ángulos violentos ni partes débiles, se mantienen intactas a pesar de los siglos, de los iconoclastas y de los filósofos. Le ha bastado a Sócrates, con ser sifilítico para tener razón.

—Mira; el tipo de don Juan que tú debes fijar en el libro con que nos amenazas, puede recordar a un hombre que he confesado y que hoy, cochero, no me importa un bledo mostrártelo desnudo.

»No era el don Juan que se llamaba Lauzun y se acostaba con la hermana de Luis XIV. Era un hombre alto, de andar majestuoso, de cabellos castaños y ojos verdes. Carecía de interés. Nadie lo hubiera señalado por lo exótico. No podía decirse que su físico fuera hermoso, ni sus ropas elegantes. Era un hombre —tan simplemente un hombre— que no seducía ni desagradaba. Se retiraba temprano a sus departamentos de soltero. Sus noches parecíanle largas. Bajo esa tranquilidad exterior el conquistador de otros tiempos no envejecía. Había concentrado toda su ciencia y era tan discreto y terrible como son los laboratorios perdidos en el fondo de los terrenos baldíos, o bajo los árboles del hospital.

»¿Qué podría hacer ese don Juan en los silencios de su vida? Escribir y soñar tan sólo. Acumulaba el tiempo sobre las cartas. Solía hacer borradores que se leía a sí mismo y se enamoraba de ellos. Luego los copiaba y enriquecía de adjetivos partiendo de una idea fija en ese hombre que poseía un estilo literario tal vez de no muy buena ley, pero que le proveía de las imágenes que necesitaba, ya que “las mujeres son —decía— pájaros que se cazan con metáforas”. Ese mago culpable de ilusiones tenía la extrema ingenuidad de cerrar sus cartas con una lágrima que le arrancaba la soledad de sus noches. Tanto esfuerzo debía sin duda aumentar el encanto baladí de sus esquelas y dar razón a los comediantes que lloran de verdad sobre la escena.

»Después de cerrar las misivas, el solterón abría su ventana para escuchar la palpitación de la noche. Hasta ese instante su alcoba permanecía herméticamente cerrada. No escribía sino secuestrado en su bufete. Podían haberlo visto en su tarea ojos extraños, y hubiera vendido demasiado barato sus filtros o cuando menos perdido prestigio, pues desfallecía escribiendo. Cada una de sus cartas como la *Peau de chagrin*, llevaba mucho de su alma y una gran dedicatoria de su espíritu. Sus cartas eran la prolongación de su persona y no podía verse expuesto a un fracaso. Solía decirles a las mujeres: “Los pedacitos de papel cortado de vuestras almas” y era porque si se hubiera reunido toda su correspondencia, su alma hubiera sido hallada entera al igual que una escena etrusca en la reconstrucción de un vaso antiguo.

¿Pensó acaso mi padre en hacer algo de mí? No lo sé. Tenía diez y siete años y sólo entraba a casa para comer o dormir. El resto del día lo pasaba al borde del río o en casa de los vecinos. No porque fuera muy conversador. Era para volver a la vida civilizada en lo que ella tiene de agradable.

De cuando en cuando, moría alguien en el pueblo de enfrente, que era el de Croissic, donde iba a veces maquinalmente, atravesando el puente que sale del corazón de Bujival. El pregón anunciaba el fallecimiento, agregando una nota risueña al final. Ese hombre cuyo oficio desaparece hacía todo lo que podía por captarse la simpatía del vecindario. En el grupo de curiosos que acudían a su redoble, el gracejo del pregón no fallaba nunca.

No era siempre gente conocida la que moría. Eran generalmente mujeres que pasaron su vida a la sombra de las despensas, y en sus últimos tiempos no habían dejado ni sus piezas ni sus camas. Al alzar los ojos hacia las ventanas curiosas de los pueblos chicos, he sorprendido a muchas de esas maritornes que jamás bajaban a tomar sol en los caminos. Viejas desteñidas la mayoría, ignoraban el uso de la peineta y retenían sus cabellos con cintas de hilera, como era la moda en 1830. Algunas eran delgadas y lacias y otras tenían las caras chatas y desmesuradas de tanto mirar, como Soeur Anne, la última mujer de Barba Azul.

Estas mujeres morían frecuentemente, entre los noventa y noventa y cinco años. Las estadísticas oficiales de las alcaldías no podrían desmentirme. Seres que habían vivido tantos años, me emocionaban. No faltaba a sus entierros. Seguía respetuosamente, como si fuera su camino la senda de los peripatéticos, reflexionando en que esas viajeras no habían conocido un día más intenso que el otro y que los años habían sido una sucesiva caída de hojas del alma sin distinguir siquiera el aniversario del día en que nacieron. Esas despreciables centenarias que morían como los naranjos, huecos, en su corteza miserable, adquirían al morir un no sé qué que me conmovía como los órganos plañideros de las catedrales me conmueven.

¿Sería el placer de la vida que se traducía en mi satisfacción al saber que esas viejas no iban a manosearla más? ¿Sería el intérprete de la revancha tardía de la tierra la que estimulaba mi felicidad, la tierra que iba a envolver entre sus misterios a esas viejas ya misteriosas? No sé lo que era. Pero teniendo como he tenido el presentimiento de mi fin prematuro, la muerte de esa mujer me daba placer tanto como me hubiera hecho desgraciado saber que mi juventud memorable había desaparecido antes que el armatoste de años, esa cómoda apolillada en los graneros de las casas de mi pueblo gris.

He ido a sus entierros con emoción. Esas viejas fatigaban la vida. Ellas bebían más aire que las jóvenes y retenían en sus casas con la fortuna, con la renta, la

jubilación o la pensión de estado, el espíritu egoísta de un ser que no lucha y que cuando va a ser vencido se encierra en una pieza como en una fortificación y sobre todo esas mujeres me emocionaban porque habían sido vírgenes durante noventa años. Mucho más que Juana de Arco. Tanto como una estatua de Juana de Arco.

Generalmente los viajes que me hacía hacer el cochero eran desde la caballeriza hasta el monte Valeriano. Feliz como la aurora, el auriga partía hacia París, haciendo cálculos alegres sobre las propinas del día. Pero una noche de invierno lo hallé por el camino de Chatou a Rueil, bordeando el Sena, y como ebrio, tantas eran las eses que iba trazando el coche. De muy mala gana me aceptó en su pescante. Hablaba solo. Al cabo de un rato queriéndome explicar las causas de su desasosiego, la voz aguardentosa, ronco de ira, sentencioso al afirmar, dejando caer las riendas que es el signo postrer del desconcierto de parte de un cochero, dijo:

—Cuando se ha entrado a la joyería por las alcantarillas o por las cañerías del municipio y se levantan las lozas y se horadan las paredes, el autor del robo es un jorobado.

»En el siglo IV, hubo una raza definida de jorobados en la historia del imperio de Bizancio. Hoy es una raza que reaparece por atavismo, y está casi extinguida. Los pocos ejemplares viven entre la noche y bajo la arcada de los túneles.

»Cuando esas luces de las señales eran rojas y se cambian en verdes, y los dos convoyes se estrellan el uno contra el otro, es que el jorobado de la covacha vecina quiso entretenerse con el crujido de las columnas vertebrales, con el pavor mayúsculo de ejes que en una geometría de espaviento asolaran con sus polígonos el punto irreal de la locomotora y la paralela impasible de las vías. Es el jorobado que se ha costeado la más despampanante de las ferias macabras y echándose a andar sobre la tumba recoge aquí y allá la pulpa de los cerebros, que entre las chispas del incendio que acaba de declararse semejan grandes hongos brotados espontáneamente sobre el lago de sangre donde balsean las bandejas del vagón *restaurant* y donde asoman, en el pequeño estante, las asas de plata de las azucareras. El jorobado se recrea en salvarlas mientras se va coagulando la superficie del líquido por la ley funesta del lago Asphaltite.

»Roma y Grecia extirpaban los jorobados al nacer. Los reyes de la Edad Media los tenían atados al pie del trono con una cadena pesada para oírlos rugir y no olvidar el rugido de los pueblos descontentos. El jorobado es el signo de la rebeldía. El jorobado es el fracaso hecho carne y su odio crece en proporción a su pequeñez. Tanta era la repugnancia que provocaban a las reinas, que cuando estas estaban encintas, untaban con brea al jorobado y hacían una fogata. Así se inventaron los fuegos de artificio...

El cochero calló un momento. Lo vi más a gusto como un asmático que hubiera podido respirar. Y agregó:

—Un jorobado acaba de clavarme en una esquina y gracias a su tamaño no lo he

visto escurrirse. Se ha ido debiéndome nueve francos...

La liturgia católica ha conquistado a la mujer. Es el espejo de las alondras y todo aquello que adopte el mismo tono prosopopéyico y reverberante de la religión debe necesariamente conquistarlas fácilmente. Por eso yo siempre fui afectado y ceremonioso. Y existe aún otra razón: mi raza latina —hablo francés, pero numero mis amantes en italiano— es solemne en el fondo de su tristeza sarracena. La sífilis es una enfermedad cortés y tengo que solidarizarme con su estética. Llegó a mí con encantadoras maneras. La traje, baste decirlo, una mujer con la misma desenvoltura y elegancia con que llevan las mujeres sobre su pecho adormidas las palomas de Afrodita.

Mis noches son fragmentarias. No he dormido nunca la noche entera. Tengo desvelos que no llegan a ser insomnios. Ponen una interrupción, en esa muerte amable, literaria, del sueño y se prestan luego de buena voluntad a que reanude los hilos de la pesadilla inconclusa.

Estos desvelos arraigan en mi infancia. En la escuela de los jesuitas donde fui pupilo, a la muerte de mi madre, a una hora caprichosa, siempre más allá de la media noche, un toque de campana nos obliga a sentarnos en la cama y rezar un credo. Luego podíamos continuar el reposo interrumpido.

Tenía esta costumbre en los comienzos del año escolar algo de suplicio para mí y mis compañeros. Allí tomé el pliegue que ha desvencijado mis noches de hombre mayor. ¿A qué respondían esas campanadas, en una hora tan inconsulta?

Pocos jesuitas podrían aclarar el secreto, pero uno de los R. P. me explicó su origen:

Cuando esta honesta Compañía de Jesús poseía en el Virreinato del Río de la Plata las misiones que tan prósperas fueron, los indios que caían bajo su tutela, extenuados por un trabajo pesado y abrumador, no encontraban halagos en el matrimonio. No tenían tampoco descendencia. Reposaban al lado de sus cónyuges legales, sin prestarles a estas el cariño prometido. En aquellas tierras, que hacían pensar en el paraíso de los feraces, se planteó el problema de la natalidad.

Un hermano ideó el toque de más allá de media noche para reparar el mal. Levantábase el indio reconfortado por sus horas de sueño y al volverse a acostar después del rosario, que rezaban en común, encontraba a la mujer, descubría su interés y su apetito.

Las campanas jesuitas continúan tañendo el extraño toque para gente casada, entre celibatarios que han hecho voto de castidad hundiéndose irremediabilmente la cabeza entre los hombros. Sus insomnios son dignos del tercer círculo del infierno de Dante, si es que no llega a inventarse lugar más terrible.

Espero una mala noticia. Todo lo que se acerca parece traerla consigo. Ahí está en los pasos, que se van por el corredor del hotel. ¡Alguien que no se ha atrevido!... La cobardía de la alfombra termina ante mi puerta, de golpe, y se descubre el mensajero. Ahí está. ¿Quién es? ¡Es alto y flaco como un fantasma cubierto sólo por una sábana? Debe ser grueso, porque roza las paredes. Se halla atravesado en el pasillo. A lo lejos llora un niño. Tiene miedo. Presiente como yo el peligro y llora sin consuelo. El desconocido que está en el corredor le ha apretado el cráneo donde la sutura no ha unido todavía los huesos y se entiende el flujo y reflujo del cerebro impreciso. Ese niño debe respirar la misma atmósfera en que me ahogo. Tiene el presentimiento de que no beberá más el pecho de su madre y su ombligo baila la danza nerviosa del corcho en el agua. Siente desatarse el nudo del intestino y como si el equilibrio interior fuera a perderse, como si todo el cuerpo, el recipiente, se desbordara. Por sus oídos la cera rebalsa y detrás de la cera, el humor que es la quinta esencia de la sangre y el honor de las familias.

El niño calla. Una gran corriente de aire atraviesa el corredor. ¿El intruso ha zafado? Todo vuela. Los microbios saltan a lo largo y se detienen sonámbulos a la altura de la mano. Nadie viene por ellos y vuelven otra vez a la alfombra.

El ogro ha desaparecido. El escalofrío de un timbre al sonar lo ha hecho huir, y un murmullo, un rezongo con delantal y dos grandes zapatos, el sirviente del hotel, acaba de pasar.

¿Quién habita ciertas casas de Bujival?, me he preguntado en varias ocasiones. Las persianas cerradas, las puertas selladas. Nunca un sirviente en los patios. Uno que otro gato. A veces dos o tres palomas trepadas en la cornisa, como aldeanas venidas de visita que arreglaban con el pico sus grandes faldas blancas y almidonadas.

Los hombre mueren centenarios sin conocer a la mujer. Conocen una trenza, un ojo, una nalga, una pierna o un seno, como yo.

Es el fetiche que adquirimos a los catorce años mirando por el ojo de la cerradura, cuando el hombre se masturba, como quien limpia una boquilla, por la sensación de verla limpia. Luego la carne busca un desahogo y más tarde, cuando la mujer se ha posesionado de nuestro espíritu, basta para conocer el placer evocar una de sus prendas, su retrato, su perfume, su recuerdo, su sonrisa.

Las ciudades han civilizado el amor y cuando el hombre se encuentra cara a cara ante la mujer, los dos seres que buscan sin confesarlo la satisfacción de sus vicios adquiridos, dentro del cuadro y del panorama más puro, se masturban. Preséntase de nuevo para el hombre la oportunidad de poseer la pierna, la nalga, el cuello, la lengua o los senos, los ojos profundos por intensos, los otros azules por ingenuos. Una misma mujer puede servir a un ciento de semihombres. No se conciben celos. Cada cual posee su parte.

Esto no es una conjetura. El hombre muere sin conocer a su propia esposa. ¿Qué es lo que ama en ella, sino lo que amaba en el sexo opuesto cuando aún se masturbaba? No conoce el amor de toda la mujer. ¿Será acaso culpa del vestido que nos encubre el conjunto? Es la sociedad que nos la ofrece así y nos fuerza a masturbarnos hasta la muerte. Si la mujer fuera desnuda, su falta de misterio nos haría más puros y costaría aislarnos, detenernos en una única parte de su cuerpo. Su cuerpo en entero debería darnos la misma sensación estética y no voluptuosa. Pero, hoy por hoy, nuestro mundo continúa retenido por el ojo de la llave en que miramos la vez primera. Sólo vemos una pierna, un brazo o un seno.

¡Cuántos kilómetros he hecho detrás del seno de las mujeres! Me perdería en la suma... ¡Tan sólo por el seno!... Lo demás no lo cuento. Los días me parecían tristes y mucho más las noches, si el recuerdo de un seno no me cerraba los ojos. Los senos sueltos, los entrevistados, los desmesurados, los senos erectos... He seguido miles de mujeres. Dos, tres, por día, interrumpiendo mi trabajo, olvidando mi camino, perdiendo el tren, cruzando de una vereda a la otra, trepándome a los sitios escabrosos, bajando a los sótanos vacíos, espionando tras de las cerraduras el secreto obsequio que las mujeres llevan por delante. He vivido soñando en una pirámide de senos distintos, como Tamerlán soñaba con una pirámide de cráneos.

Los guantes de algodón teñidos de negro me molestan. Saben despertarme una cosquilla de repugnancia. Es la mano del muerto la que aún vive debajo. Siento el olor de los paños funerarios que cuelgan en las paredes de los velorios y que están húmedos y tienen canas plateadas de cuando en cuando.

La alegría está en los guantes claros que uno debe calzarse al dejar la cama, al mismo tiempo que los calcetines a rayas.

Entramos en un mundo nuevo. Los confines geográficos se desconocen. Todos sus momentos son dolorosos. La luna de esta noche es una bandeja del infierno. Es amarilla y quiere ser roja como el esputo escoriado de un titán tuberculoso.

Los terneros paridos en esta noche tienen seis patas y los ojos vidriosos. Entrarán de pronto en la eternidad alcohólica de los museos. Los hijos de los aldeanos, el séptimo de los hijos varones, lo llevarán más tarde a la ciudad y tendrá un número sobre el pecho, en el asilo, en la cárcel o en el hospital. Esta noche, en que se colgó el aldeano a la sombra maligna de la higuera, lo hará cavilar mientras viva.

Rebalsa en los mingitorios el agua y la espuma del orín. En la estrella de sus sumideros, el algodón de los virulentos, ha atascado las entradas provocando el vacío y la desesperación de los desagües.

Los gallos de la vecindad se incomodan demasiado temprano y como si viniera atravesando una ristra de cerraduras, raya el silencio el silbido de una locomotora.

El peligro merodea en el patio.

Los ojos miran los pestillos y estudian los pasadores.

El silencio como un campo árido.

El silencio como un campo sembrado.

Recruce en la hondanada de la media noche el grito infantil de la locomotora. Ha dejado el desvío. El tren sigue. Va lleno hasta el tope de enfermos.

Hacia los países meridionales, lleva las chicuelas de las manos lacias que interrumpieron en el andén el eterno diálogo de la moda, ya que la moda impera hasta en los sanatorios. Hacia Vichy lleva las madres diabéticas. Hacia Venecia, el Cairo o Brujas conduce los enamorados siglo XVIII. Los que escriben aún cartas de amor. Cambian de convento por dolencias morales las abadesas y los seminaristas. Van buscando un puente o el techo de plomo de una catedral para desde allí arrojarse al suelo, los aburridos. Dos vagones están llenos de esqueletitos escolares que la municipalidad de París remite a las colonias balnearias de Berck. El tren lo conduce un maquinista que se enloquecerá en el trayecto y pasará sin detenerse la estación postrera. Y en el furgón que engancharon a la cola de esa magnífica realización del progreso humano va un cadáver sin deudos enviado como carga apurada, y que debe llegar a Burdeos antes de las diez de la mañana. Es su última cita.

Este era el paisaje del insomnio que me asoló ayer noche. La preocupación de que pudieran venir a buscarme los padres de una menor que he besado hondamente entre las matas de la isla que está frente a Bujival me ha mantenido despierto y me he entretenido rompiendo entre mis manos febriles la fantasía de papel de seda de los niños, la misma cuyas alas había ajado durante la tarde en el alma de la chicuela,

sobre la que dejé para toda la vida, mis impresiones digitales de macho cabrío.

¿Me faltaría acaso coraje? ¿Carecería de energía suficiente para tirar sin desfallecer esa puñalada al desconocido, sobre quien jugaría la carta más peligrosa de mi vida? ¿Si parece fácil matar, será igualmente fácil escapar a la conciencia que nos delata, y nos desgarrar en el análisis ya en las vísperas del asesinato?

El coraje es una vanidad literaria del criminal. Pocas veces el coraje es hereditario como en los Septeuil.

Me refiero a la señorita de Septeuil, que bebió un vaso de sangre humana en los escalones del cadalso para salvar la vida de su padre. Luego sus descendientes han plastronado (6) sin desmayo poseer una misma fiereza. La nieta suya, ya sin recursos, no pudiendo mantener el rango que la Restauración le había dado —el taburete de duquesa—, prefiriendo estar horizontal que mal sentada, tuvo el coraje de llevar a su hija, una menor de edad, catorce años contaba, a una casa de citas. La hija salió digna de la madre. Bajo el Imperio, antes de ir a los recibos de talón rojo en los que hablaba elocuentemente mal de Victor Hugo, apresurábase a concluir con sus clientes en la casa de la celestina habitual donde usaba chinelas con tacos de raso punzó. Un tío de ella, hermano de la madre y de la raza de los Septeuil, viendo que su nombre servía de alfombra a tanto piojo resucitado, a tanto comerciante enriquecido, tuvo, ya sesentón, el coraje de casarse con su sobrina para arrancarla así al calvario del placer que recorría con fruición de devota, en una de las basílicas más celebradas del amor de París.

14 Octubre 18...

Busqué siempre el amor que no poseía. Quise ser amado. He hecho todo lo posible. No he hecho nada más que eso. Los obreros se exponen a caer como los ladrillos desde los andamios. Pierden los brazos y las piernas. Yo no he podido perder nada y he perdido todo. Justo era que se me quisiera.

No hay nada más que un amor. Ser amado. Esa es la alegre monotonía de mi vida.

No sé si quedarme o irme. No me atemoriza en esa despedida otra cosa que la procuración espiritual que me confió mi madre. Ella concibió en mí al hombre que no conocería el fracaso. Esperó tanto de mí, que temo irme dejando la obra incompleta.

Yo soy todo su optimismo. Yo soy el actor que delegaba para vengarse del mundo en que le hicieron vivir los hombres, porque, como todas nuestras perfectas madres españolas, ella no conoció otras alhajas que las de plomo de la melancolía cuando su sueño se iba a la manera de un agua derramada sobre la piedra inclinada de la tarde.

Si escribiera el libro sobre la sífilis de don Juan, temo desde ya adquirir esa manía o pliegue de los escritores que calculan sus actos como motivos de un libros y son sus días las páginas más o menos monótonas de una novela. El libro es un vicio secreto. Si la caspa pudiera ser recopilada en un volumen, como que es un producto de su cabeza, en un volumen la editarían. Al ejemplo de la señora que en el siglo XVIII gustábale tanto el encaje que lo hacía picar y lo comía en tortilla, hay gente que adora el fetiche del libro y se refleja en él como Narciso.

Las coronas fúnebres son ejemplares característicos de esa manía que no quería poseer. Recuerdo unos padres afligidos que publicaron un libro sobre una de sus hijas muerta a los diez y ocho años. ¿Qué podría haber hecho ese pobre ser anónimo a tan corta edad? Dos grabados fuera de texto recordaban a la extinta. En una aparecía jugando al croquet. Una vez tan sólo jugó y fue en el parque de un hotel donde me hallaba. ¡Cuán pocas disposiciones para el croquet tenía!...

Otro grabado la mostraba a caballo. Unos minutos después de haber obtenido esta fotografía, el caballo a quien subía por primera vez, la volcó al suelo y le rompió una pierna.

Los padres olvidaban los hechos ante el prestigio de la imagen. Los escritores lo mismo.

Publican libros por el placer de verlos encuadernados, sin notar que son los aspectos más tristes de sus personas los que hallaremos en sus páginas.

¿Y no llegará a ser el libro como un derivativo de esa idea del crimen que desearía cometer? ¿No podría ser cada página un trozo de vidrio diminuto en la sopa cotidiana de mis semejantes?

Un libro es un residuo vegetal del hombre. Después de una serie de siglos de palimpsestos y tablillas acumuladas, se explica recién que las ciudades muertas y abandonadas sean cubiertas por la tierra de aluvión. El libro es una catástrofe lenta, y segura.

He puesto la caja de calomel de lado y me he quedado pensativo. Mis ojos ambulan desde la hoja del almanaque que el dedo del viento desprende, hasta una valija que quedó tal como estaba de vuelta de viaje, en un rincón. Luego, en un papel suelto, me he puesto a escribir:

Los días se siguen... La literatura y la gloria me apesadumbran. Ninguna de ellas me merece fe. Hace tiempo que sueño con un reposo absoluto. Tal vez, la muerte. El arte ha envenenado la existencia. Estoy desalentado. He perdido el pie al salirme de los moldes comunes y debo sentir necesariamente odio y asco hacia la literatura que me hizo el flaco favor de incubarme las alas.

Podría disculparle a mi madre haber sido amante de varios hombres que la elogiaron al preferirla, pero no tengo perdón para esta casquivana que vive pidiendo hombres para sorberles la médula. Hay mujeres estragadas que ponen melaza en el miembro de sus amantes para regocijo mayor. Hay degeneradores superiores, y la literatura es una de esos anormales, que hacen cosas mucho peores a las que por hambre pueden cometer las desdichadas que van en zigzag por los suburbios. La literatura entra en el seno de las familias como una ama de cría y da a un tiempo mismo uno de sus pechos al niño, el otro al padre, besa a las hijas con los labios de Safo y descorazona a la madre dándole a leer las *Fioretti* de San Francisco de Asís. A mí me amamantó y luego me entregó a la gloria. Mucho peor estilizada que una mujer pública, ni me lavó las partes. Voy sintiendo su perfume por todas las rutas. He depositado mi haber en sus manos. No soy nadie lejos de ella y debo volverle los ojos de cuando en cuando. Mi labio está lleno de consonantes. ¿Por qué no hago versos? Porque más grande aún que la obra y digno de mayor encomio es el dolor del poeta. Escribo sencillamente sin tiralíneas a las estrellas.

¡No, nada de versos!... ¡Nada de música!... Tal como somos: cosas trucas sin ritmo. El tiempo nos ha carcomido la esperanza y mientras la humedad nos roía por dentro el corazón y el hígado, los literatos nos entretenían pintándonos la puerta. Otros coleccionaban la vulgaridad humana para expedirla en píldoras. Otros han hecho catálogo de almas y han redactado la introducción del catálogo. Nadie aún nos ha mostrado el hombre tal como era al venir de los campos, hacia la ciudad, honestamente. Han *descubierto* la psicología y han complicado el conocimiento de la vida. Un psicólogo no entiende de hombres. Es un empresario de trajes de carnaval. No hay trajes para el alma. No hay nada más que su pobre sencillez torcida y manipulada al revés por la civilización de los hombres medrosos que se refugiaron del tigre, en las ciudades.

Llegará el día en que no nacerán poetas. La ciudad, la temible urbanización del futuro, lo impedirá. Entonces, como en invernáculos, los gobiernos guardarán en

extensos jardines contruidos sobre las azoteas de los rascacielos a los enfermos «de belleza y de pasado» como guardan hoy a los degenerados y a los locos, sin exigirles nada, dejándoles la libertad dentro de la jaula a los genios de la mentira que deben decorar con sus luces el paisaje del apocalipsis de este mundo.

Raimundo frunció el entrecejo y dijo:

—Yo he querido muchas veces escribir un libro. Solamente me ha embargado el asunto. Decidido como tú te hallas a *cometerlo* sin demora, aprovecha de este final de don Juan que yo hubiera escrito en tu lugar. Imagínate, que aquella noche don Juan cenó más de lo que tenía por costumbre. Un soberbio damasco que acarició largo rato en la palma de su mano. El perfume del albaricoque despertó la primavera dentro de la cámara antigua.

»El plato en que mondó la fruta no pertenecía a su servicio. Se deslizó entre los suyos en esa intimidad que se produce entre las bellas lozas y las cazuelas de tierra en las piletas de la cocina. Era de porcelana color rosa y leíase escrito con porcelana dorada en el borde la palabra “Recuerdo”.

»Luego don Juan salió a la calle en el domingo de la ciudad católica. Las mujeres se habían separado de los hombres y los hombres se habían reunido para ver pasar a las jóvenes en yunta. Las mujeres pasaban en sus ojos desteñidos por las convenciones de la ciudad puritana, como los paisajes pasan por la ventanilla de la diligencia: paisajes de ropavejería, antiguas decoraciones de teatro y corredores grises del baile de la Ópera el miércoles de Ceniza.

»En esto don Juan vio pasar a un joven de unos diez y seis años. Mostraba los lineamientos clásicos del concepto épico de la belleza, sintetizado por los pintores del Cuatrocientos en los ángeles. Era un efebo que había adoptado una postura y era tan frágil como extraño a su época. Ya se sentía —aun en las ramas subalternas de la vida— un deseo de renovación, de humanidad, la necesidad de apretar el cuello a todo lo superlativo, la tendencia marcada hacia un *me déshabiller de la vie* según se decía en jerga poética. La posición del efebo parecía peligrosa y difícil.

»Don Juan sintió un placer desconocido ante la belleza del emisario. Le siguió, se arregló la corbata y le habló. El efebo le había apercebido y soportó suavemente su conocimiento. Sintió, tal vez amor don Juan por el bello ejemplar de andrógino que le hacía pensar en una mujer excesivamente hermosa y que carecía en su majestuosidad del sentimiento de la percha que distingue al hombre de la mujer. La mujer lleva más ropa.

»Tomaron un coche. Yo, como cochero, no concibo las novelas sino en coche. Don Juan señaló al joven el cielo de la noche estrellado hablándole de esa cartografía hipotética, como de un barrio más de la ciudad y no como de una cosa distante y soberbia. El joven, que se sentía decorativo dentro de la berlina, respondía moviendo al sesgo las almendras de sus ojos. Sus labios eran dos rosas pálidas.

»¿Escaparía don Juan a la voluptuosidad de ese ser que había nacido con élitros, como todos los seres manufacturados para el amor? No era una mujer más. No era la

última desviación de la mujer. Era la estatua de mármol blanco que enamoró al rey negro en el museo del Louvre. Era la declinación tardía y literaria del amor místico. Don Juan, después de muchos años, desde la escuela, se entregó de nuevo a la satisfacción de su placer solitario.

»Un agudo dolor en las sienes le apuñaló la cabeza, cuando el estremecimiento del placer se extinguió entre los músculos flácidos de sus piernas. El fantasma de una muerte trágica lo asoló. Y le dijo al silencioso espectador de su vida: “Desciende del coche. Creo que me voy a morir. Te pudiera comprometer mi muerte”. Y el efebo respondió: “Dadme la voluptuosidad, que tanto he buscado: quisiera ver morir a alguien”.

»Don Juan no pudo oponerse, ni prolongar el diálogo con ese alto embajador carnal y se murió magnífico y suntuoso con un ángel a su izquierda, como aquel obispo de Orleans, de quien te pinté la muerte la vez pasada.

Cuando llegaba el invierno, el Sena subía al cielo y las nubes envolvían en el crepúsculo de la mañana y de la tarde el caserío de Bujival. Sentíase el frío del agua sobre la piel. Los faroles de aceite, a lo largo de los caminos, languidecían dentro de un ovillo de tul.

Una de esas noches, al resplandor de uno de los reverberos que ardían con dificultad, en la calle apartada de ese pueblo sin interés, vi recortarse sobre la neblina la silueta de un hombre. La luz le dio en la cara y fue al salir de la zona luminosa que a su vez pudo descubrirme hallándose aún encandilado. Mi andar era decidido. Iba resueltamente. Y esa desenvoltura debió impresionar al transeúnte caviloso. Su sobresalto lo inmovilizó. Leí el terror en su rostro. Un miedo sin palabras. La garganta se le había secado. Lo miré. Era un pobre diablo, una piltrafa, a quien hubiera podido matar sin miramientos. Estaba ya medio muerto. Un grito de auxilio no hubiera desflorado sus labios, ni un gesto impedido el crimen.

Nos perdimos de nuevo entre las nubes. Mi víctima, tal vez, cayó al suelo desvanecida de terror. Yo continué mi marcha. No se oía pasar un suspiro. El vaho del invierno había envuelto al mundo en su terciopelo gris.

Me sentí muy solo. Podía hablar en alta voz conmigo mismo y me confesé un extraño deseo, que ese hombre trémulo y pálido acababa de despertarme. Un hombre sorprendido así, en la noche, en un lugar descampado, ¿no sería cosa fácil de ultimar? No digo haberlo muerto con toda comodidad, allí donde las hojas de las moras que forman el seto son verdes como si estuvieran pintadas a la acuarela sobre la neblina, en plena luz del reverbero, sino más allá, donde la sangre se hubiera confundido con el barro, donde hubiera sido necesario que pasaran doce horas y saliera el sol para distinguir un hombre de un montón de residuos.

He trazado mi plan y estoy decidido. Una fuerza que arranca en la raíz secreta de mi vida me conduce y me maneja a su antojo. Es la salud, la juventud y el optimismo, unidos. Hasta ayer la tentativa de novela que había esbozado sobre «La sífilis de don Juan» solía servirme de claustro donde pasear mi imaginación. Hoy no alcanza a saciar mi sed, y si dijera mejor, la angustia que me roe en las vísperas de un acto que calificaré de decisivo. Estoy a mitad de la comedia y, extraño dramaturgo, siento la imperiosa necesidad de hacer bajar el telón. No un simple telón. El telón de boca. La gran cortina de hierro y de amianto, que cae como una chapa de zinc del sexto piso y que se queja al caer. Algo así, aparatoso, rudo, inesperado, impone su tiranía en mi vida. Voy a matar a alguien.

No tengo temor, no tengo miedo, no me arrepentiré.

He resuelto de antemano todas las premisas que se me presentaban.

He elegido mi víctima. Atravesando el mercado, pasé al lado de una mujer rubia, flaca, de piel amarillenta y ojos azules lavados, que ya había visto a bordo de una chalana de matrícula belga, amarrada no lejos del puente del ferrocarril.

Los ingleses son naturalmente aristocráticos, pero no hay nada más miserable que un inglés venido a menos. La necesidad extendida con su esfumo de mugre sobre los rasgos apolíneos, me produce una sensación dolorosa. Mi víctima, que posee rasgos delicados, se ha olvidado que es mujer y no es coqueta. La pringue del barco pende de sus andrajosos vestidos. No se peina. Anuda sus cabellos en la nuca. Su corpiño lo cierra con un alfiler. El botón se le ha caído, no debe ser una mujer feliz. Si no bebe en las trastiendas, da la impresión de ser indudablemente la mujer de un alcoholista a quien faltara el control del marido y estando descontenta con su destino parece enemistada con todo el mundo.

Al pasar junto a ella en el mercado, hallábase embarazada en la cuenta del dinero que le devolvían. Sumaba cobre a cobre, como un niño o un salvaje. La lentitud de su cálculo, ese retardo mental tan significativo que manifestaba, ha decidido mi elección. Ha autorizado mi gesto. Desembarazo a la humanidad de un ser imperfecto, de un ser débil.

Había nacido judío y oculista. La clientela fue perdiendo la vista mientras crecía al lado del abuelo que fundó la casa. El abuelo murió y Alfredo Chascock inventó un agua que era el mejor remedio para las enfermedades de los ojos. No la vendía, la regalaba. Los clientes debían verterla sobre el ojo enfermo lo más caliente que les fuera posible soportarla. El colirio portentoso era agua simple.

Alfredo Chascock no conocía otra diversión que la de pescar, su naturaleza mentirosa había poetizado la función. Compraba en el mercado pescados de mar afuera que mostraba como retirados del río. Chascock era miope. A más de la caña de pescar, llevaba consigo un antejo de teatro con el que observaba juiciosamente el vaivén de la línea sobre la felpa del Sena. Cuando esta tarde llegué bajo el puente del ferrocarril, vi a Alfredo Chascock en una hendidura de la costa de enfrente. Se confundía con el tronco de árbol en que estaba sentado. Mis ojos, que no pierden detalle, no podían pasarlo inadvertido. El puente de hierro parecía una moldura del cielo: tan grande era y tan alto estaba.

En el paisaje del valle, que era una avenida natural del mundo, un paisaje verdegrís del tono de las uvas claras, la única mancha oscura era la barcaza retenida, por varios cables tendidos, a las estacas de la ribera.

La chalana estaba vacía y sin lastre, sobresalía del agua como una boya desmesurada. Una escalera trepaba de la costa, hasta la azotea de su cubierta donde varias macetas con malvones, alineadas en la borda, recordaban las cornisas de las casas de Sevilla.

El paisaje era sereno y mudo. El agua del Sena deshilvanaba su ovillo sin esforzarse. De cuando en cuando, un golpe sordo multiplicado por las bodegas desamparadas, partía de la barca. Era la mujer rubia a quien había observado ir y venir durante dos horas desde lo alto del puente. Se hallaba preparando la cena. Un penacho de humo azul se filtraba sobre la cubierta por un caño de mango de hojalata y se iba hacia el medio del río donde volaban las golondrinas, indicando con el humo bajo que el tiempo cambiaría.

Chascock puso en sus bidones las mojarras que acababa de sacar del agua. Me vi solo. No había testigos y comencé a trepar la escalera.

Sentí algo en el corazón. Un hilo que se rompía en el títere. Miré hacia el puente y me asomé. En el mismo sitio disimulado, desde donde yo observaba mi víctima esperando el momento oportuno, estaba un individuo. No cabía duda que me miraba. ¿Me seguía? Lo fijé en una mirada terrible. Desde tan lejos no creo que pudiera apercibirla, pero mi intención sin duda lo alcanzó porque el hombre, vaya a saber por qué, dejó el observatorio y desapareció. Me encontré de nuevo solo. Puse el pie sobre la cubierta de la chalana. Hacía frío sobre la terraza embreada.

¿Qué estaría haciendo mi víctima?... Me agaché y miré la bodega que le servía de habitación. Estaba mondando patatas, prolijamente, lentamente. Me hice liviano, me deslicé, por la compuerta de la escotilla. Comencé a bajar por la escalera que daba a sus espaldas. La barcaza se inclinó a popa. Deseaba llegar hasta la mujer sin ser sentido y hundirle mi puñal en la nuca como se hace con los terneros en el matadero. Cada milímetro de esa puñalada brusca debía sentirla en mi mano. La piel, la carne, los huesos, tal vez la médula debían ofrecerme esa resistencia que es la suprema voluptuosidad del asesinato. ¿La médula? ¿Es que podría seccionarla fácilmente? Y pensé en las cavernas de la época neolítica llenas de restos de huesos de caballo a los que nuestros padres chuparon las médulas frescas con fruición, aún calientes las presas según deducciones de los paleontólogos.

Estaba ya a dos pasos de la mujer rubia, cuando se inclinó como para recoger mi sombra que se alargaba hasta el canasto donde tomaba las patatas. La mujer aquella que no sabía calcular a simple vista la moneda que le devolvían con esa inocencia con que realizan todas sus acciones los corderos a la vista de los lobos elegantes, me ofreció el sitio preferido que yo anhelaba en mis racionios y mi mano se me fue independientemente de mi voluntad, que el gesto tan rápido me impidió gustar ese pasaje del cuchillo a través de las carnes.

Sentí mi mano enredada entre sus cabellos húmedos y un instante después un chorro de sangre pujar apresurado entre mi mano y el cabo del cuchillo.

Fue cuando solté todo. Dejé el arma y la mujer que estaba retenida a mí por el punzón de acero. El bulto cayó. El cuerpo flácido de la mujer rubia entró dentro del canasto y dejó una mano sobre la silla en que había estado sentada. El otro brazo lo colocó bajo el brasero.

Mis ojos pestañearon. Quise ver algo más, sentir algo nuevo, pero no lo podía. Tenía un rumor de abejorro, dentro del oído, y un velo ante mis ojos —era «un hidalgo envuelto en su nube», como dice Shakespeare—. Varias sillas y un cajón que estaban detrás mío se me cruzaron en el camino. Con mucha habilidad evité su contacto. Volví a contemplar la escena y vi que mi víctima sacaba la mano de sobre la silla y la desparramaba sobre el suelo.

Perdí dos veces pie en el primer escalón, y cuando mi cabeza sobresalía por encima de la escotilla, un silbido, como el de una víbora, atravesó el espacio.

En el puente del ferrocarril estaba el desconocido de hace un momento mirando hacia la barca. Notó mi aparición y cuando débil sobre mis piernas iba a desplomarme, con un igual temor, se escurrió de la baranda del puente. Me sentí salvado. Salí de la chalana. Trepé la costa.

Desde la barranca volví los ojos para cerciorarme del paisaje en el que acababa de arrojarme al infierno. De un lado, el puente cerrando el horizonte. Más allá, las colinas de Marly y el monte Valeriano. El Sena, como un gran espejo, y la chalana

obscura en medio del río claro. Un pájaro y un perro pasáronme cerca. El moaré del agua, antes y después de la chalana. De cuando en cuando el golpe sordo que la caja acústica de mi corazón extendía.

Un grupo de hombres surgió en la orilla opuesta. Me escondí detrás de los tilos. Seguí tras de ellos hasta el puente del ferrocarril. Sobre el parapeto rodaba, sin caer al agua, la colilla de un cigarrillo. Alguien acababa de irse...

Mis ojos buscaron el escenario del crimen. La chalana sobresalía tanto de su línea de flotación, que el río jugueteaba con ella. Nadie se le acercaba. El camino húmedo que bordea el Sena terminaba allá en el fondo por entrar en el agua. Una hora pasó. El sol tramontaba. Alfredo Chascock atravesó por el telón del horizonte. Yo temblaba.

Un individuo timorato apareció de pronto de improviso al pie de la chalana. Era el hombre que había visto en lo alto del puente. Parecía imitarme. ¿Creería que la barca estaba sola? A mi vez, me escondí para observarlo mejor. Subió a la chalana. Anduvo en la cubierta. ¿Sentiría un escalofrío sobre la cubierta embreada? Por fin se decidió y bajó.

Alfredo Chascock venía por el camino cerca de la barca. Un hombre y una niña le seguían.

De dentro de la barca salió un grito. La barca se columpió en el agua como si dos seres lucharan dentro y el desconocido fuera de sí apareció sobre la escalera. Al ver esto, el hombre y la niña que venían detrás de Alfredo Chascock apuraron el paso. Corrieron. Alfredo Chascock debió oír algún propósito extraño de los transeúntes que pasaron a su lado y apoyó el anteojo de larga vista sobre la nariz.

Pero ya el hombre y la niña daban gritos. El desconocido corría de un lado al otro por la cubierta de la chalana. No atinaba qué camino tomar. Las bocamangas de su camisa, sus manos, estaban tintas en sangre. Dio un salto al fin y vino a caer entre el pantano de la costa. El hombre que llegaba con la niña se echó en su persecución y los dos se perdieron de vista. La niña miraba a todos lados y sollozaba histéricamente sin saber por qué lo hacía. Alfredo Chascock se le acercó y trató de consolarla. La niña creyó en las palabras zalameras del judío, que llevaba en el fondo de la garganta la resignación hebrea de tantos siglos de matanzas y como si no fueran bastantes sus palabras, le dio el anteojo de teatro para que la niña mirara hacia el puente del ferrocarril.

Pude decir físicamente que era un hombre feliz, cuando en el silencio de la alcoba, las horas de la noche que pasaban apuradas y profundas, eran deletreadas por el reloj del asilo cercano. Conocía el sonido de las horas, pero nunca tuve la curiosidad de mirar hacia ese reloj, que suponía ciego y sin cuadrante.

Ayer a medianoche, pasé frente suyo. El reloj descargaba sus campanadas sobre Bujival dormido y levanté por primera vez los ojos al campanario.

El reloj no era una cosa ciega ni una máquina indiferente. Rodeado por tanto dolor y miseria como la que acampa en el asilo, su esfera es la cara amarillenta de la luna enferma y no un vidrio opaco con signos cabalísticos encima.

¿Cómo pudo ese reloj jalonar hasta ayer noche mi existencia y hacerle oír las que yo creía alegres notas de un campanario? ¿Es que su esfera fue igualmente tétrica desde la primera noche en que el candil le dio por transparencia parentela con un astro muerto?

¿Sólo me he sentido comprendido cuando las notas lúgubres de ese reloj enfermo daban consuelo a mi corazón? ¿Todo en mí ha respirado al revés? ¿Yo difiero tanto de mis semejantes?...



VIZCONDE DE LASCANO TEGUI. Concepción del Uruguay (Argentina), 1887 - Buenos Aires (Argentina), 1966. Escritor, pintor y diplomático argentino.

Hijo de padre argentino y madre uruguaya, Emilio Lascano Tegui nació en Concepción del Uruguay, en Argentina, en 1887, aunque su partida de nacimiento nunca fue hallada. En 1908 viajó a Europa como traductor de la Oficina Internacional de Correos y se dedicó, durante sus frecuentes licencias, a recorrer a pie Francia, Italia y el norte de África. Letraherido, comienza en 1909 a firmar anteponiendo el ficticio título de vizconde. En 1914 decide instalarse en París, donde participa de la bohemia y de la amistad de Picasso y Apollinaire. En la capital francesa ejercerá la profesión de mecánico dental durante todos los años que dura la Gran Guerra.

A lo largo de su vida, Lascano Tegui trabajó como diplomático, pintor muralista, cocinero y conservador de museo. Su carrera literaria se inicia en 1910 con el libro de poemas *La sombra de la Empusa*. Al siguiente año publicó el libro *Blanco* con pie de imprenta falso de París, bajo el pseudónimo de «Rubén Darío hijo». Reúne todos sus artículos publicados en diversos medios en el volumen *Mis queridas se murieron*.

Será en 1925 cuando Lascano Tegui publique, en la editorial Excelsior de París, su obra más redonda, *De la elegancia mientras se duerme*, que narra, como si se tratara de un diario íntimo, la historia de la gestación de un asesinato. Muchacho de San Telmo, su último libro, editado en 1944, integra una colección de poemas en donde el autor evoca su propia infancia. Una buena parte del resto de la obra de Lascano Tegui está perdida o directamente se duda de su existencia: el original de la

obra de teatro *La esposa de Don Juan*, por ejemplo, se destruyó al incendiarse el camarote de un barco en donde viajaba el autor; otras obras, como el ensayo *Vía Láctea de Polillas*, se supone que se conservaban en una habitación clausurada de un apartamento bonaerense, que no se encontró. La misma suerte corrieron los manuscritos de *Cuando la plata era señorita* y *Mujeres detrás de un novio*. Ambos aparecen mencionados en su testamento hológrafo, pero nunca se hallaron.

El Vizconde de Lascano Tegui vivió sus últimos años en Buenos Aires, donde falleció el 23 de abril de 1966.

Notas

[1] El autor hace referencia a la población de Bougival, cercana a París y muy frecuentada por escritores y artistas durante el siglo XIX. (Salvo que se indique lo contrario, todas las notas son de la editora). <<

[2] *Sic* en la primera edición. <<

[3] Simón, coche de plaza. <<

[4] *L' imprimeur se révolte devant le style de fait-divers qu'emploie Monsieur le Vicomte de Lascano Tegui.* (Nota de la primera edición: «El impresor se indigna ante el estilo de página de sucesos que emplea el señor Vizconde de Lascano Tegui»). <<

[5] *Sic* en la primera edición. <<